

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Setiembre de 1880.

N.º 17.

LA MISION FRANCISCANA EN MARRUECOS.

Como amante de las Ordenes religiosas, como cultivador de las letras arábigas, y como interesado en el engrandecimiento de su patria, el autor de estas líneas ha leído con gran satisfaccion cierto curioso libro que el ilustrado celo de un modesto fraile franciscano ha dado á luz recientemente en Santiago de Galicia. Titúlase: *Descripcion histórica de Marruecos y breve reseña de sus dinastías, ó apuntes para servir á la historia del Magreb*, recopilados por el Rdo. P. Fr. Manuel Pablo Castellanos, religioso Menor observante del colegio de Misiones para Tierra Santa y Marruecos de la ciudad de Santiago (1).

Pero este libro no debe considerarse como un hecho aislado, como fruto de la aficion particular que profesa á las cosas del vecino imperio marroquí su apreciable autor, sino como una produccion de escuela, como una expresion del espíritu tradicional, religioso y patriótico que anima al insigne instituto de la observancia franciscana, consagrada á la propagacion de nuestra santa fe católica en medio de los sarracenos occidentales y orientales.

Hace ya muchos siglos, y desde los primeros años de su fundacion, que los humildes religiosos Menores trabajan en esas vastas regiones que el islamismo sumió en la barbarie, por la religion cristiana, por

la civilizacion verdadera, y por la honra y progreso de nuestra patria.

Si sus apostólicos trabajos no han producido hasta ahora el resultado apetecido, no se atribuya á descuido de tan celosos operarios evangélicos, cuyos esfuerzos sobrehumanos y heróicos sacrificios causan asombro al verlos ligeramente descritos y compendiados en el interesante libro titulado *Mision historial de Marruecos* (1).

Culpa fué, mejor dicho, fué desgracia de nuestra magnánima nacion, comprometida desde entonces en más importantes, necesarias y provechosas empresas (2), arrastrada á largas luchas y guerras por la ambicion y mala voluntad de naciones menos generosas y cristianas; culpa fué, en una palabra, de cuantos abandonaron ó embarazaron á España en la ejecucion de sus católicos y civilizadores proyectos.

No fueran ciertamente tan reducidos los límites del mundo cristiano y civilizado; no se veria sentada en sombras de muerte la mayor parte del humano linaje si las demás naciones que se titulan cristianas, y aun católicas, hubiesen hecho por la propagacion de la fe lo que hizo nuestro generoso pueblo, nuestra ilustre monarquía; si al menos no les hubiesen suscitado obstáculos y dificultades, y sobre todo si la gran apostasia, si la reaccion pagana del siglo decimosexto no hubiera apartado de la unidad

católica una porcion considerable de la Europa.

(1) Su autor el reverendo Padre Fr. Francisco de San Juan del Puerto.

(2) La reconquista de Andalucía, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y de las islas Filipinas, y las guerras contra turcos y herejes.



AFRICA ECUATORIAL.—Rdo. P. JOAQUIN PASCAL, de la Sociedad de Misioneros de Argel, muerto en Mukunduku (Ugogo) el 19 de Agosto de 1878.

(Pág. 397).

(1) Un tomo en 8.º, impreso en dicha ciudad, imprenta del *Boletín eclesiástico*, 1878. Véndese á 10 rs. cada ejemplar en Madrid, librería de D. Miguel Olamendi, Paz, 6.

Privada así de aliados y acosada de nuevos enemigos, teniendo que acudir simultáneamente á civilizar las inmensas regiones americanas, á combatir contra la barbarie turca y contra el furor protestante, no pudo nuestra magnánima monarquía atender debidamente á la conquista y civilización del Africa, ni secundar allí con sus ejércitos y colonias los esfuerzos de la Mision Franciscana, perseguida de muerte por la ferocidad y fanatismo de los musulmanes.

Pero aún debían venir peores tiempos para esta Mision, la cual sucumbió desdichadamente en nuestro desdichado siglo, cuando, según advierte con doloroso sarcasmo el P. Castellanos, «España entró en las vías de la civilización y se suprimieron en ella las Órdenes religiosas,» que si son la avanzada del Catolicismo, son al mismo tiempo las que saben verdaderamente civilizar al mundo.

Tristísimo, en verdad, para un español amante de la gloria y grandeza nacional, es ver como en nuestro decadente siglo, siguiendo España las torpes huellas del falso progreso y mentida ilustración iniciados por el espíritu racionalista y revolucionario del vecino continente, renunció á la supremacía política, literaria y civilizadora que había ejercido en los tiempos anteriores, y vió hundirse en ambos mundos su prepotente imperio, y abandonada de sus colonias, desgarrada por las discordias de sus hijos, y menospreciada de los extraños y aún de los propios, pudo exclamar por boca de un poeta:

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente,
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!

La Mision Franciscana en Marruecos renació hace veinte años, favorecida providencialmente por aquel momentáneo impulso del honor y patriotismo español que produjo la gloriosa campaña de Africa, y que tan pronto fué sofocado por las discordias civiles y el espíritu revolucionario (1). La empresa de conquistar y civilizar la *España transfretana* quedó aplazada para mejores tiempos, para un porvenir de restauración nacional que aún contemplamos harto remoto y oscuro.

Venga cuando viniere, ningún español entendido y amante de su patria desconoce que, cerradas á nuestra nación otras vías de engrandecimiento, debe dirigir todos sus esfuerzos á dominar moral y aún materialmente en el imperio marroquí, dilatando por ese vasto país, sumido en la barbarie, los elementos de vida, de regeneración y de prosperidad que en otro tiempo comunicó á más extensas regiones. Que si para el descubrimiento y civilización del continente americano puso y colocó la Providencia á la esforzada y noble raza ibérica en este confin del antiguo mundo, para extenderse por las regiones de Africa y arrancar á la degradación más tiránica tantos y tan numerosos pueblos, está situada sobre el

(1) Aunque el restablecimiento de la Mision Franciscana en Marruecos, tal como hoy se encuentra y en expectativa de mejor fortuna, se debe á la expedición que nuestras armas llevaron á cabo en aquel país de 1859 á 1860 y á la influencia que por ella adquirimos en aquel imperio, es un hecho que el proyecto de restaurar aquella Mision, y aún la llegada de nuevos misioneros franciscanos, precedió algún tiempo á la ejecución y aún al proyecto de expedición militar llevada á cabo por el general O'Donnell, como puede verse en el libro del P. Castellanos, pág. 307.

estrecho de Gibraltar, y contempla desde sus playas meridionales la antigua Mauritania Tingitana, inaccesible aún á la salvadora fe del Crucificado y á la cultura europea.

Para preparar tan útil empresa importa mucho fomentar el estudio de la lengua árabe, dar á conocer la geografía y la historia de aquel Imperio, los usos y las costumbres de los naturales de ese vasto país; recordar los gloriosos hechos de armas y aventuras que allí llevaron á cabo nuestros egregios mayores, y excogitar los medios más convenientes y sólidos para establecer allí una dominación duradera y provechosa á conquistadores y conquistados. Todo esto podrá conseguirse fácilmente fomentando la Mision Franciscana, multiplicando allí los humildes hijos de san Francisco, á cuyo celo y tradicional patriotismo confiaron discretamente algunos monarcas españoles la representación, la diplomacia y los más altos intereses de nuestra patria. Si deseamos formar doctos arabistas instruidos en el dialecto especial del Magreb, y que faciliten la colonización hispano-africana, nos bastará recurrir á esa Orden que en los pasados siglos produjo los Lucios y Cañes, y que en nuestros días ha dado á las letras árabes tan doctos cultivadores como los PP. Rosario, Boltas y Lerchundi.

Y porque el caso lo merece y muchísimos sin duda lo ignoran, queremos apuntar algunos de los señalados servicios que á la literatura árabe han prestado en nuestros días los Franciscanos españoles. A principios del siglo presente vivía Fr. Martín del Rosario, misionero en Marruecos y doctísimo en el dialecto de ese país, que ilustró escribiendo una gramática y otros libros cuyo paradero se ignora. En la Mision Franciscana de Oriente se distinguió el P. Boltas, lector del colegio español de Damasco, que escribió y tradujo al árabe varios é importantes libros, y que, predicando en este idioma con prodigiosa sabiduría y elocuencia, atraía á sus sermones á los mismos ulemas musulmanes y al clero cismático de aquel país. A cuya gloria añadió otra de más valía muriendo mártir en la horrible matanza que el fanatismo musulmán ejecutó en la Siria el año de 1860.

Y no debemos omitir que, al poner fuego los musulmanes al Colegio Franciscano de Damasco, destruyeron un rico caudal de manuscritos árabes, originales y traducidos de diversos idiomas europeos, que había atesorado en aquella biblioteca la sabiduría de sus religiosos, con admiración de muchos viajeros doctos y entendidos que los habían examinado antes del incendio, ó que posteriormente han visto los escasos fragmentos que escaparon de las llamas. Muy á nuestro propósito, y con satisfacción de nuestro orgullo nacional, en cierta correspondencia enviada de Constantinopla al diario francés *Le Monde*, leemos lo siguiente: «El comisario de los Santos Lugares, anciano de figura venerable, es una notabilidad en Oriente como orador árabe, y muy conocido por las obras que le debe la Palestina. Este Prelado es español y goza de gran influencia entre los musulmanes.»

Por último, y para no extendernos en un artículo que va excediendo los límites regulares, recordaremos que nuestro particular amigo el P. José Lerchundi, misionero franciscano en Tetuan, ha publicado unos excelentes *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el im-*

perio de Marruecos, que nos ha ilustrado mucho en nuestros estudios é investigaciones sobre la influencia del idioma castellano y latino en la lengua de los moros occidentales, y que trabaja actualmente con grande aplicacion é inteligencia en obras que esperamos serán muy aceptables al mundo sabio, y útiles á nuestra nacion en sus relaciones con dicho Imperio.

Mucho pudiéramos escribir sobre la influencia que España puede adquirir en Marruecos por medio de la Mision Franciscana, y sobre lo que el Gobierno español debe hacer en obsequio de esa Mision para que produzca los frutos religiosos y políticos que deseamos.

Pero, dejando tan importante materia para otra ocasion, ó para pluma menos incompetente que la nuestra, bástanos lamentar la precaria situacion en que, por culpa de uno y otro Gobierno, se hallan todas nuestras Misiones en países musulmanes, sin excluir la misma de los Santos Lugares, cuyo protectorado nunca debió abandonar España, y donde debiera contrarestar con todas sus fuerzas, por fe y por decoro nacional, las miras invasoras de griegos y rusos.

Estas Misiones requieren imperiosamente gran proteccion y fomento, para que, aumentados su personal y sus recursos, puedan acudir á las crecientes atenciones que les están confiadas y á los planes progresivos que han de emprender. Así, por ejemplo, los Franciscanos podrian en muchos puntos del imperio marroquí fundar escuelas é imprentas para uso de los mismos musulmanes, y esparcir entre ellos lecturas que les fuesen familiarizando con las creencias, cultura y usos españoles: podrian asimismo propagar grandemente en nuestra peninsula, por medio de escuelas y de publicaciones, el estudio del dialecto magrebí, y por medio de obras históricas, geográficas y aún de amena literatura, interesar á nuestros compatriotas en la colonizacion de Marruecos.

Todo esto y mucho más lo harian los misioneros Franciscanos si para ello se les proporcionasen los medios necesarios, y estamos seguros de que lo realizarian con más celo, inteligencia y abnegacion que cualesquiera otras personas á quienes se confiriase semejante encargo. Si alguno lo dudare, vea y considere lo que, faltos de recursos y proteccion, han llevado á cabo en su retiro de Tetuan el P. Lerchundi con sus mencionados *Rudimentos*, y el P. Castellanos con su *Descripcion histórica de Marruecos*; libro en verdad muy á propósito para popularizar en nuestra patria las cosas de un país que desde los tiempos más remotos viene siendo el sueño y preocupacion constante de la buena política española.

F. JAVIER SIMONET.

(La Fe).

COREA.

(DIARIO DEL RDO. ROBERT).

III.

La administracion de los Sacramentos se verifica en Corea del modo siguiente. Los cristianos se dirigen al punto de reunion, que es la casa del misionero. Dos de ellos vigilan á cierta distancia del pueblo por si llegan paganos. Los demás forman semicírculo. Los catequistas dan al misionero una lista que contiene los nombres y apellidos, edad y condicion de los cristianos que deben

confesarse despues de medio dia. Asistido de su famulo y de su catequista, el misionero les pregunta sobre los sacramentos del Bautismo, Penitencia, Eucaristía y Confirmacion. Despues del exámen, que dura comunmente hasta las once de la mañana, comienzan las confesiones. A las doce y media el misionero toma algun alimento, y luego prosigue oyendo confesiones hasta las cuatro ó las cinco en invierno. Entonces reza Horas y concluye sus ejercicios de piedad, que duran hasta la hora de cenar. Por la noche, si hay bautismos que administrar, reúne de nuevo á los cristianos. Entonces no corremos peligro alguno por parte de los paganos, pues no viajan de noche á causa de los tigres, muy numerosos en Corea, sobre todo en las montañas del Norte, en donde todos los años causan innumerables víctimas. Antes de la aurora del nuevo día el misionero celebra la Misa y distribuye la sagrada Comunión, y luego vuelve á comenzar el exámen como la víspera.

Durante la administracion de esta pequeña cristiandad, procuróme grandes consuelos la piedad de mis coreanos. Muchos habian hecho 30 leguas de camino con nieve hasta cerca de las rodillas para recibir los Sacramentos. Al decirles que en mi patria hay 50,000 sacerdotes é iglesias en todos los pueblos, exclamaban:

—¡ Dichosos vuestros compatriotas! ¡ Con qué fervor deben rogar á Dios y darle gracias por haberles hecho nacer en un país en donde es tan fácil salvar su alma, y en donde pueden oír la misa todos los días y recibir los Sacramentos cada vez que lo desean! Nosotros infelices, perseguidos por todas partes como fieras, no sabemos á veces á dónde dirigir nuestros pasos. Hace trece años que no hemos visto Padre alguno, privados durante tanto tiempo del beneficio de los Sacramentos. Hoy que tenemos la dicha de ser regenerados por el Bautismo y la Penitencia, y que hemos recibido el Pan de los fuertes, nos sentimos muy felices; pero ¿cuánto tiempo durará nuestra felicidad?

Apliquéme de nuevo al estudio de la lengua y caracteres chinos, cuyo conocimiento me era necesario á causa de mi cargo de superior del colegio. Pocos días despues el Ilmo. Ridel me envió mis dos primeros discípulos, llamados Pedro y Pablo. Comencé su instruccion, y durante el corto tiempo que vivieron conmigo noté en ellos excelentes disposiciones. Piadosos, obedientes, estudiosos y amándose como dos hermanos, conformábanse enteramente con mis consejos y exhortaciones.

Conduciles dos veces á pasear por la montaña, y al regresar del segundo de dichos paseos supe que el ilustrísimo Ridel habia sido preso con seis cristianos el 28 de Enero, y al anochecer del mismo día otro correo me traía una carta que me ordenaba huir aceleradamente. ¡Oh dolor! Apenas hacia cuatro meses que el Ilmo. Ridel habia vuelto á Corea, y era ya denunciado y reducido á prision!

¿Cuál era la causa de tan triste suceso? En Corea, como en los demás vicariatos, los misioneros no pueden vivir sin comunicar con el exterior, pues conviene que la Congregacion de las Misiones extranjeras esté al corriente de sus trabajos y necesidades para socorrerlas. El Ilmo. Ridel fijó las épocas en las que enviaria un correo á las fronteras de Corea. Por su parte el Rdo. Richard, procurador de este país y residente en Mandchuria, ex-

pediría simultáneamente un correo chino. Señalado con anticipación el día del encuentro, los correos debían reconocerse por medio de signos convenidos, y aparentando tratos comerciales trocar las cartas de que eran portadores. Hasta Enero de 1878 todo había ido bien; pero en dicha época los correos del Ilmo. Ridel fueron detenidos y registrados á su regreso, cogiéndoles el paquete de cartas. A vista de la escritura europea, los satélites saltaron de gozo y comprendieron en seguida la importancia de su captura. Conducidos los tres cristianos ante el mandarin, les preguntó la procedencia de dichas cartas y á quiénes iban dirigidas. Los cristianos no respondieron, mas por desgracia una carta escrita en caracteres coreanos y enviada por un indigena encargado de enseñar su idioma á nuestros compañeros de China lo descubrió todo: la residencia del Ilmo. Ridel y la de los reverendos Doucet y Deguette. No se necesitaba más para encender de nuevo la persecucion y perdernos á todos.

El mandarin envió inmediatamente satélites á Seul para advertir al rey que varios extranjeros habían penetrado en el reino y que su jefe se encontraba en tal casa de la capital. A no ser por algun Judas, difícilmente podía encontrarse al Ilmo. Ridel, pues muchos nombres coreanos se parecen; mas en Corea, como en todas partes, no faltan Judas, y pronto uno de ellos se encargó de guiar á los satélites. Despues del arresto de nuestro Vicario apostólico los cristianos de Seul emprendieron la fuga y se enviaron correos á todos los misioneros para avisarles que se escondiesen.

Hallábame tranquilo en K... cuando recibí tan malas nuevas. Tuve, pues, que prepararme á huir, pero antes debía ocultar mis efectos y desembarazarme de mis alumnos. Los cristianos metieron en grandes vasijas de tierra mis libros y objetos de piedad, y sólo me reservé lo estrictamente necesario para celebrar la santa Misa: despues lo llevaron todo á la montaña, donde enterraron mi bagaje y el suyo en hoyos que habían excavado.

Confíé uno de mis discípulos á un cristiano para que le condujese á casa de su hermano, que aunque es pagano simpatiza con los cristianos; y el otro alumno partió con el correo. Al día siguiente á las dos de la ma-

drugada celebré misa por vez postrera, la cual oyeron llorando los cristianos. Despedíme de ellos, y tomando un poco de arroz parti disfrazado de criado con un paquete al hombro, y seguido de mi fámulo y de otros dos cristianos.

Apenas hacia dos meses que me había establecido en K..., y me unían ya tales lazos de amistad con mi pequeña grey, que al abandonarla no pude reprimir las lágrimas. ¿Qué sería de estos pobres cristianos? Nueve años antes, huyendo de la persecucion, habían encontrado un refugio en el seno de estas montañas hasta entonces desiertas. Habían hecho talas y desmontes, viviendo pacíficamente hasta ese día, practicando fielmente todos los deberes de la Religion, contentándose por todo alimento con patatas y nabos; felices sin embargo por poder alabar y honrar á Dios lejos del tumulto y de las supersticiones de los paganos. En cuanto á mí, si me detenían, exponíame á ser mártir, que al fin es lo único que había deseado desde mi niñez; pero mis cristianos, aunque considerasen el martirio

con la más viva fe, no dejaban de pensar en sus mujeres y en sus niños, siendo para ellos una gran tentacion capaz de vencerles y de hacerles apostatar, por más que fuesen todos hermanos é hijos de mártires. Como yo, iban á verse obligados á huir; pero ¿en dónde refugiarse sin dinero, sin otros bienes que sus hijos, lactantes todavía en su mayor parte? Sentía muy oprimido el corazón, y hubiera querido ponerles en seguro, pero no era posible. Rogar por ellos era todo lo que podía, y lo hice con todo el fervor de que me sentí capaz.

IV.

Al dejar á esos infortunados tuve que trepar montañas con la nieve hasta las rodillas y un frío de 17°. Apenas llegué á la cima de la primera tuve que descansar, pues no podía dar un paso más. Hasta entonces habíamos seguido las pisadas de los tigres, que abundan en esos lugares. Mis hombres no las tenían todas consigo, y á no ser por la compañía del misionero nunca se hubieran atrevido á viajar de noche. Figúranse que su presencia basta para ahuyentar á esos terribles animales.



TREBISONDA.—Arcada esculpida de la puerta meridional de la iglesia de Santa Sofía. (Pág. 394).

Después de un corto descanso proseguimos nuestro camino. Esta vez teníamos que bajar, mas para volver pronto á subir, y así sucesivamente. A las tres de la tarde, extenuado de hambre y de fatiga, sentéme bajo un abeto, y mi fámulo se dirigió á una aldea para comprar algo, pero no encontró más que un poco de arroz. Nos lo partimos y continuámos el viaje descansando algunas veces.

Por la noche nos refugiámos en un meson, fingiéndome enfermo, aunque en verdad lo estaba por lo mucho que me hacían sufrir los piés y las piernas, y por lo molido que tenía todo mi cuerpo. Preguntáronnos de dónde veníamos y á dónde íbamos con tan mal tiempo; y mi sirviente, que tiene la palabra fácil, dispó con su respuesta toda sombra de sospecha, haciéndome pasar por pariente suyo. Al clarear el día siguiente, comenzámos de nuevo á subir y bajar por caminos imposibles de describir. Nos habíamos llevado un poco de arroz en los pañuelos, y á medio día lo comimos, aunque helado.

Por la noche llegámos á la cristiandad de K*..., en donde todo el mundo quedó sorprendido al vernos en tal equipaje. Yo tenía los piés llagados y las manos ensangrentadas á consecuencia de mis caídas en el hielo. Tranquilicé como mejor supe á los cristianos, y les invité á disponerse prontamente á recibir los Sacramentos. A la mañana siguiente púseme á confesar, á bautizar y á cumplir las demás funciones de mi ministerio. Mientras tanto envié un correo á K... para estar al corriente de lo que sucedía. Otro partió para comprarme una casa en los montes más desiertos de Corea, en donde me retiraría con algunos cristianos, dado caso que ofreciese peligro mi residencia en K*... Algunos días después regresó mi primer enviado con la noticia de que los cristianos de K... habían huido todos y que mi casa y la de mi doméstico habían sido incendiadas. No tardó en llegar mi segundo correo, quien había comprado dos casas, una para mí, otra para los cristianos que me acompañarían. Estaban situadas á diez leguas de allí, en medio de asperísimos montes; pero las abandoné por estar próximas á muchas otras habitadas por paganos.

Terminada la administración de la cristiandad de K*..., envié un correo á P*... para avisar á los cristianos que se preparasen á recibir los Sacramentos. Juzgad de su alegría después de trece años que no habían visto al misionero. Apresuráronse á disponerlo todo para recibirme; pero la víspera de mi partida, después de bautizar á un pagano de treinta y cinco años, á quien impuse el nombre de Agustín, llegó un correo de Seul anunciándome que el rey había enviado satélites por todo el reino para que prendiesen á los misioneros; que algunos habían llegado ya á la ciudad de K**... y á P..., en donde habían pegado fuego á la casa que había servido de resi-

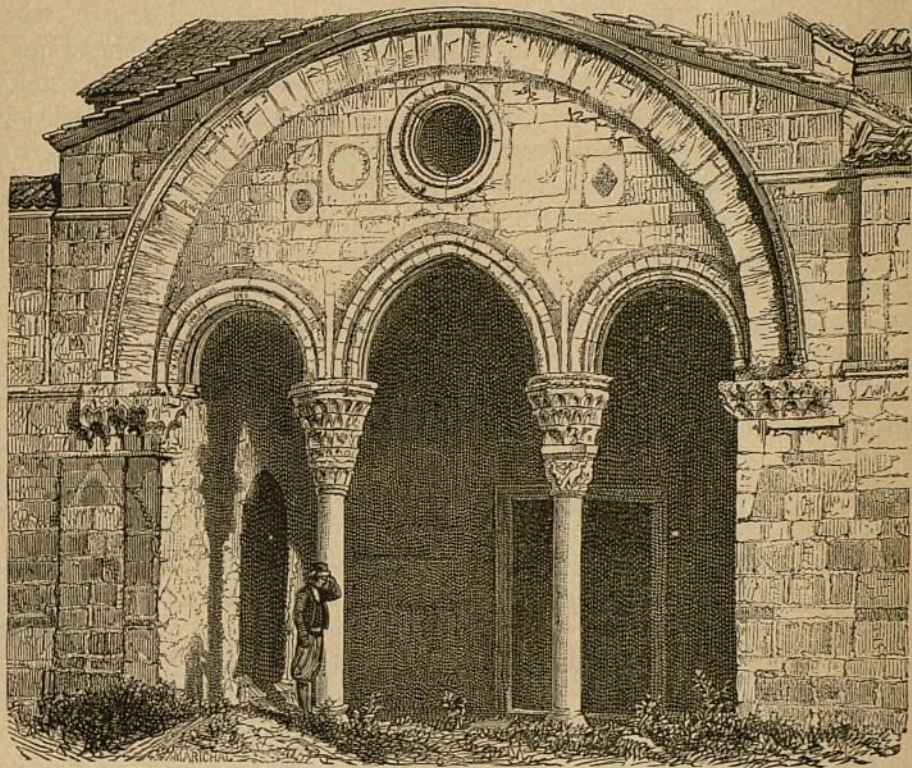
dencia al reverendo Doucet y á mí cuando llegámos á Corea; que habían detenido á muchos paganos que llevaban los mismos nombres que los cristianos de dicho pueblo, y en fin que debía huir y ocultarme.

A esta noticia debí resolverme á marchar otra vez; pero ¿en dónde refugiarme? Aconsejaronme que fuéase á P*...; pero si los satélites habían bajado á P..., donde sólo hay cinco casas de cristia-

nos, ¿no irían á P*..., donde había veinte? Además, ¿no convenia que los cristianos ignorasen del todo el sitio de mi retiro? Entonces ordené á mis hombres que se dispusiesen á partir á la provincia de H..., en donde sólo se encontraban tres casas de cristianos. Por la noche oí las confesiones de dos enfermos atacados de la peste y de los demás cristianos hasta las dos de la madrugada. A las tres celebré la misa; luego escondieron de nuevo toda mi capilla y dispúseme á partir. Como en K..., la desolación fué también extrema; todos prorrumpieron en llanto y gemidos, y no pude menos de confundir mis lágrimas con las de mis pobres cristianos.

El nuevo trayecto duró dos días, en los que padecí hambre, frío y fatiga. Preguntado en la hostería sobre el motivo de tan largo viaje á través de montañas cubiertas de nieve durante siete meses é infestadas de tigres que causaban numerosas víctimas, mi fámulo respondió que iba á buscar una mujer para su hijo, y no nos importaron más.

El 19 de Febrero llegué á K***, en donde vivían los cristianos á quienes iba á pedir hospitalidad. Estaba me-



TREBISONDA.—Puerta oriental de la iglesia de Santa Sofía. (Pág. 394).

dio muerto de cansancio, pues en dicho día habíamos hecho 100 *lis* (10 leguas) que á causa del pésimo camino valían ciertamente por 20 leguas. Es decir que en los cuatro meses no cumplidos que me hallaba en Corea habia atravesado este reino en toda su anchura (65 leguas), no para predicar é instruir, sino para escapar de los satélites.

Al día siguiente de mi llegada los cristianos de K*** quisieron recibir los Sacramentos. Oí sus confesiones; bauticé á seis adultos y confirmé á ocho cristianos. No pude darles la Comunión por no tener mi capilla. Su piedad y fervor sirviéronme de mucha edificación. El año último una mujer de aquí, que estaba en cinta hacia seis meses, habia hecho diez y ocho leguas de camino durante el invierno con nieve hasta las rodillas para ser bautizada; pero el Rdo. Blanc habia partido ya, y tuvo que regresar sin conseguir su piadoso intento. Pero Dios ha querido premiar su fe, y hoy, escapando de la persecución, me he refugiado precisamente en la casa de aquella animosa catecúmena. Juzgad de su dicha y de la mía.

En K* habia sido testigo de un hecho parecido. Una mujer de sesenta años habia venido de 20 leguas lejos para recibir el Bautismo, y á pesar de la nieve, que durante Febrero cubre las montañas en un espesor de tres palmos. Muy afligida por mi negativa, díjome:

—Padre, imponedme una larga y rigurosa penitencia, y cuantos rezos y mortificaciones os plazca; pero no me negueis el Bautismo.

La consolé diciéndole que si la bautizase sin estar convenientemente instruida, pecaría yo mismo y ella no reportaría del Sacramento ventaja alguna espiritual.

—Pero, Padre, replicó; si los satélites os prenden, ¿qué será de mí?

—No te aflijas, le dije; por esta vez no me prenderán, y el año próximo te bautizaré imponiéndote el nombre de Magdalena. Esta era una gran pecadora, pero con sus lágrimas y penitencia llegó á ser una gran santa.

—¡Oh! exclamó la pobre mujer; desde hoy pediré á santa Magdalena que vele por el Padre y le proteja, y por mi parte aprenderé tan bien el catecismo que el año próximo no podréis negarme la gracia del Bautismo, de la que hoy me confieso indigna.

Ejemplos como éste de fe tan viva no son raros en Corea. Si obtuviésemos un poco de libertad, los coreanos, ávidos de conocer la verdad, se convertirían en masa; pero hoy les retiene el miedo y el temor de morir. En Corea un cristiano es mirado como enemigo declarado del reino; y si es descubierto, puede estar seguro de ir al cielo por el camino más corto: la muerte es su herencia.

Debo decir de paso que el pueblo coreano es muy desgraciado. Hállase agobiado por los impuestos, vejado por los satélites, robado por los bandidos, muy numerosos en el país; y desde el rey hasta el último empleado, todos van acordes en oprimirle. Parece que hay cierta emulación en quién cometerá más exacciones, quién desplegará mayor habilidad, y por ende quién llegará á los más altos destinos. El pueblo, no atreviéndose á levantar la voz en són de queja por temor de que se le condene á muerte, trata de imitar á los que le gobiernan é indemnizarse por cualquier medio.

Los cristianos, á pesar de la persecución, quisieron

festejarme á su manera, comprando dos perrazos por dos pesetas y condimentándolos al estilo del país. Los coreanos prefieren la carne de perro á la de faisán, y para ellos no tiene rival. En las grandes fiestas por nada tendrían todos los platos de la mesa Real si les faltase un guisado de carne perruna. Presentáronme, pues, dos raciones de ella, creyendo que me proporcionaban el mayor placer, pero apenas percibí su olor faltóme el apetito, y mandé que las retiraran prontamente, con gran extrañeza de esa buena gente, que me preguntó si me sentía enfermo.

—No, les respondí; no es más que una ligera indisposición causada por el tufillo del manjar que me habeis traído, pues en mi país nadie come perro.

—¡Cómo! exclamaron; ¿no comen los europeos carne de perro? Es preciso confesar que son muy delicados; ¡nosotros que la tenemos como una verdadera golosina!

Esperando el fin de la persecución, que me parecía próximo, continué instruyéndome en la escritura china. Más de una vez me aburrí, encerrado en un oscuro aposentillo, del cual no podia salir, porque los paganos pasaban sin cesar por delante de la casa; pero conformábame con la voluntad divina. Mi posición era sin duda preferible á la de mi Vicario apostólico, encerrado en una cárcel.

El 5 de Marzo tres ladrones pasaron la noche en la casa donde tenia mi escondrijo, con lo que podeis juzgar si los cristianos y yo pudimos dormir un momento. No obstante, el miedo nos libró de ellos. Regalóseles una buena porción de patatas, único alimento del país, y se les despidió con toda cortesía.

Hoy, 9 de Marzo, el tiempo es magnífico, según puedo cerciorarme mirando á través de mi ventanilla de papel. El cielo es puro, y el sol ilumina los picos que rodean mi cabaña. Las cumbres cubiertas de nieve y reflejando la luz ofrecen un deslumbrante espectáculo.

¡Cuánto desearía salir! pero no es posible; no me es permitido contemplar las bellezas de la naturaleza. Ofrezco de todo corazón este sacrificio á mi divino Maestro... Otro pensamiento me agita: ¿en dónde están mis hermanos? Sin duda, como yo, metidos en una miserable guardilla en el fondo de las montañas. Y mi Vicario apostólico ¿qué hace en su prisión de Seul? ¡Ah! tal vez es más feliz que sus misioneros; pues he oído decir que ha logrado la palma del martirio. Si es así, ¿qué gozo en el cielo! mas ¿qué luto para la Iglesia de Corea, privada del mejor de los Padres! También yo deseo seguir sus huellas y verter mi sangre por Aquel que derramó la suya hasta la última gota para librarnos de la muerte y darnos la vida eterna. Pero ¿soy digno de morir por mi Dios? No. No me atrevo á esperar tan gran felicidad. A lo menos, divino Salvador mío, haced que soporte con paciencia y resignación las penas y miserias de esta vida mortal, para que merezca ir á gozar de la vida eterna que habeis prometido á los que hayan peleado hasta el fin vuestros santos combates. Procuraré, pues, en todo y por todo conformarme con los impenetrables designios de vuestra divina Providencia. Y ¿cuál será mi dicha si después de haber llenado digna y fructuosamente mi carrera apostólica puedo repetir estas hermosas palabras: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi!*

TIBET.

Una carta del Ilmo. Biet, obispo de Diana y vicario apostólico del Tibet, nos comunica interesantes pormenores sobre los peligros que los misioneros y los cristianos de diversos puntos del país han corrido con ocasion de un viaje de exploracion emprendido por algunos personajes austriacos. Esos pormenores dan idea suficiente del precario estado de la Mision del Tibet y de las dificultades que los misioneros encuentran en el ejercicio de su ministerio. Diversas expediciones puramente científicas han intentado en estos últimos tiempos explorar aquellas comarcas, hoy todavía tan misteriosas, aisladas en medio del Asia por las montañas casi inaccesibles de Himalaya, la hostilidad de los lamas y la astuta política de China. Todas esas tentativas han fracasado, y hace pocas semanas el telégrafo anunciaba que una expedicion rusa mandada por el coronel Ptjewalsky no habia sido más afortunada que las precedentes.

Esas tentativas frustradas han dado por resultado atraer la cólera de los lamas sobre los misioneros del Tibet y exponerles á nuevas persecuciones.

«Estas expediciones no oficiales, dice el Ilmo. Biet, no pueden prometerse buen resultado, á mi entender, penetrando en el Tibet por la ruta de Bathang, porque los europeos se encuentran en este país demasiado aislados y lejos de sus cónsules, y la audacia de los tibetanos crece en proporcion de los triunfos que consigue. Además, tales tentativas ponen incesantemente en gran peligro nuestras cristiandades; tómase venganza en nosotros de esos ensayos siempre infructuosos, y es de temer que, si dichas expediciones se renuevan por el mismo camino, causen la ruina de nuestra Mision.»

Gracias á una exquisita prudencia logran los misioneros, en medio de incesantes peligros y dificultades, sostenerse en muchos puntos de aquel país, cerrado por el budhismo y la política al Evangelio y á la civilización. Aguardando la hora de la Providencia, recógense acá y acullá algunas espigas, realizándose estas palabras del Salmista: *Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua*. Segun la condicion ordinaria de las Iglesias nacies, á esas tierras infestadas por todas las corrupciones del entendimiento y del corazon fáltales para ser fecundas las lágrimas de la penitencia, los sudores del misionero y la sangre de los mártires. Nada de esto ha faltado al Tibet. Esperemos que venga el dia del triunfo para los hombres apostólicos que lo evangelizan. *Venient cum exultatione portantes manipulos suos.*

Hé aquí la carta del Ilmo. Biet:

Cha-pa, 8 de Febrero de 1880.

Os envío algunas cartas del P. Giraudeau que os pondrán al corriente de los últimos hechos ocurridos en nuestras estaciones de Yerkalo y Bommé. Los viajeros austro-húngaros de quienes se habla en estas cartas son el conde Szechengi y los Sres. Kreitner y Loczy. Provisos de un pasaporte del ministro de Negocios extranjeros de Pekin y de una carta de proteccion del príncipe Kong autorizándoles á atravesar el Tibet y dirigirse á Calcuta por Lhasa, esos señores estaban muy ajenos de pensar en el mal éxito de su viaje, y tomaron la ruta del Norte.

Llegados á Sy-lin-fu en las fronteras del Kan-su y del Kukunoor, el pretor del Kan-su les negó guías, ya fuese para el Lobnoor, ya para el Tibet, y declaró que era absolutamente imposible á los viajeros entrar en Lhasa por este camino. Aconsejóles que siguiesen la gran ruta de los mandarines chinos por Ta-t sien-lu, Bathang, añadiendo que en todas las etapas habia puestos militares; que por consiguiente no correrian peligro alguno, y llegarían sin gran dificultad á Lhasa. Fiando en estas palabras, los viajeros dejaron el camino del Norte y se dirigieron á Tchen-tu.

En este punto el pretor del Su-tchuen trató de disuadirles de su viaje, pero no consiguiéndolo prometiéndoles su proteccion y una escolta hasta Lan-ten, frontera extrema

del Su-tchuen, á cuatro jornadas más allá de Bathang; advirtiéndoles además que el ministro imperial de Lhasa estaba informado de su viaje, y á partir de Lan-ten les proporcionaria escolta y guías á través del Tibet.

Los distinguidos viajeros llegaron, pues, á Ta-t sien-lu, llenos de una confianza de que los misioneros habituales á las cosas de Oriente no pudieron participar. En Ta-t sien-lu recibieron del Gobierno de Pekin una nueva carta que sólo podia mantenerles en sus ilusiones. En ella se les felicitaba de haber tomado, para dirigirse á Lhasa, el camino seguido por los mandarines chinos; enviábaseles copia de una carta del ministro imperial de Lhasa prometiéndoles una escolta para conducirles de la frontera á la capital del Tibet, y aún á las fronteras del Nepol, si les placia dirigirse á Calcuta por este país.

El conde Szechengi, lleno de sinceridad y de rectitud, no podia detenerse ante la idea de un fracaso; pero la decepcion fué completa en Bathang. En vez de la escolta, tantas veces prometida y anunciada, advirtiéronles que no contasen penetrar en el Tibet, puesto que 400 lamas y hombres del pueblo armados les esperaban en la frontera, resueltos á impedir su viaje. Además, 200 lamas y tibetanos habian sido autorizados para penetrar en armas en un trecho de tres jornadas dentro del territorio del Su-tchuen; y formando una primera línea de ataque en país chino, esperaban á los viajeros en Tchru-pa-long, á una jornada de Bathang y á orillas del rio Kim-cha-kiang. Era, pues, absolutamente imposible seguir adelante, y nuestros viajeros se vieron obligados, como el Sr. Cooper en 1867 y los Sres. Gill, Mesny y Cameron en 1877, á tomar el camino del Yun-nan para volver á Europa sin haber puesto el pié en territorio tibetano.

Aquella gente armada que habia penetrado en el Su-tchuen para detener á los viajeros fué la que al regresar á su país saqueó nuestra estacion de Bommé, después de haber proferido amenazas de muerte contra los misioneros y los cristianos, culpables, decían, de abrir á los europeos las puertas del Tibet. Me han parecido necesarias estas explicaciones para la inteligencia de las siguientes cartas del P. Giraudeau:

«Yerkalo, 22 de Noviembre de 1879.

«Hace tres dias llegó el correo de V. I., de fecha 25 de Setiembre. Parece que ocurren novedades en nuestra vecindad. Tchrela ha llegado esta tarde de Bommé para tenernos al corriente de los propósitos y de las proezas de nuestros enemigos de Kiang-ka.

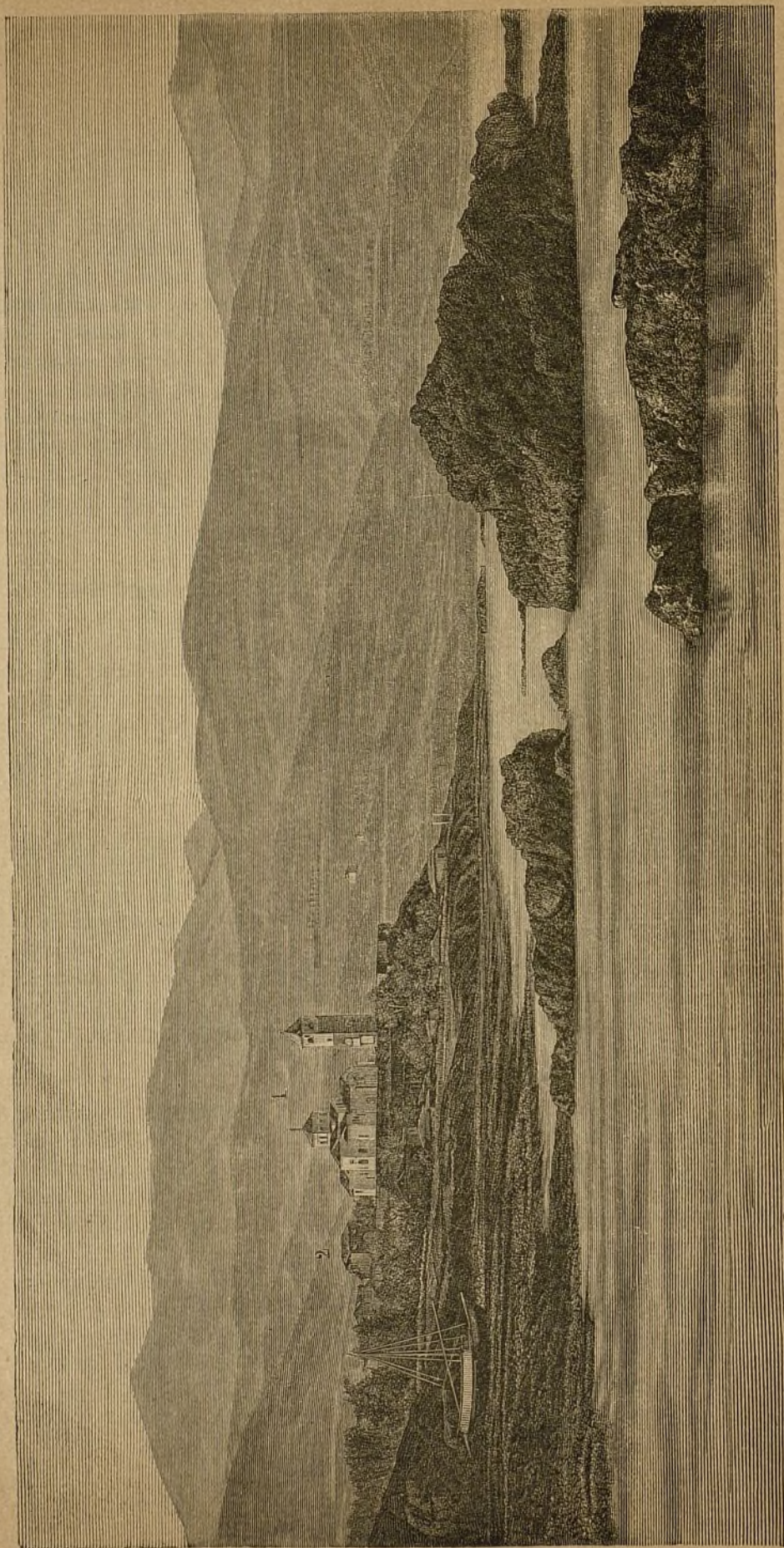
«Hé aquí, pues, lo principal que nos ha contado Tchrela. Ante todo quince ó veinte lamas, en representación de otras tantas lamaserías, se han estacionado en la frontera con 200 ó 300 kiang-kuas armados. Dícese en Bommé que son 400, pero Tchrela cree que es una exageracion. Aquellos valientes se han informado con los paganos si habia algun misionero en Bommé. Se les ha respondido que no y que los colonos cristianos de dicho punto viven estrechamente y con nadie se meten. Esta explicacion les ha tranquilizado algo, pero han manifestado que si los viajeros austro-húngaros, que son ciertamente hombres de nuestra casta, pasan la frontera á pesar de ellos, caerán sin piedad sobre nosotros, así en Bommé como en Yerkalo, visto que los cristianos son una sola cosa con nosotros. En el caso de que los

austro-húngaros tomen el camino del Yun-nan, tal vez se nos dejará tranquilos.

«Por otra parte el pueblo ha interrogado á los lamas sobre las causas de la sequía y de las enfermedades del presente año. Los lamas han acudido á los sortilegios y han encontrado fácilmente esta respuesta: «Los extranjeros son los que impiden que caiga la lluvia del cielo y los que desencadenan las enfermedades.» Como nadie duda de la veracidad de este oráculo, fácilmente puede sacarse la conclusion práctica. Tchrela no cree que los lamas de Bathang hayan hecho lo mismo; al menos nada se trasluce en el exterior. Los tibetanos de dicho punto no se nos han mostrado aún hostiles, pero no se sabe lo que piensan. No obstante, aunque los kianguas dijese al pueblo que hace mal sufriendonos en su territorio, no le pedirían de momento sino que les dejase hacer, ayudándoles secretamente.

«El paquete dirigido á los viajeros en Lhasa ha sido abierto en Kiang-ka. Tchrela pretende que contenía cartas del emperador de China. Verdad es que en las Salinas los viajeros extranjeros son objeto de todas las conversaciones, y afirmase que jamás podrán pasar la frontera; pero no se participa del temor que tocante á ellos abrigan los habitantes de Kiang-ka.

«Escritos oficiales del pretorio fijados en Pontigne ordenan al pueblo que nos trate bien y nos proteja contra los ataques de Kiang-ka, siendo el mandarín civil de Bathang quien ha hecho tomar estas medidas á los jefes indígenas. Hasta aquí los



TREBISONDA. — Antigua iglesia de Santa Sofía, hoy convertida en mezquita. (Pág. 394).

1. Santa Sofía. — 2. Restos del convento.

cristianos permanecen bastante tranquilos, y creen que todo será una comedia como los años precedentes. Tchrela, al contrario, teme serios desmanes en Bommé.

«En circunstancias tan difíciles nos ponemos en manos de Dios y bajo la poderosa protección de la santísima Virgen.»

«Yerkalo, 27 de Noviembre de 1879.

«Desde mi última casi nada nuevo ha ocurrido. Las conversaciones sobre los viajeros austro-húngaros siguen á poca diferencia lo mismo. Estos días se ha difundido cierto pánico. Preténdese que los habitantes de Bommé y los ricos dzonguanas ocultan cuanto tienen de más precioso. ¿Qué temen, pues? Unos dicen que á los soldados que acompañan á los viajeros; según otros, á los bandidos de Kiang-ka, pues si los viajeros violan la frontera tibetana, los *sudé* (1) caerán sobre el territorio de Bathang, sembrando en él la destrucción, el pillaje y la muerte. Estos alarmantes rumores han sido propalados tal vez para indisponer contra nosotros el pueblo de Bathang. Sin embargo, se dice que los paganos no quieren causar daño á los cristianos, salvo el caso en que los mandarines se lo ordenasen, pues entonces sería necesario obedecer.

«Hace muchos días circula el rumor de que los austro-húngaros han llegado á Ly-tang, pero nada se sabe á punto fijo.»

«Yerkalo, 8 de Diciembre de 1879.

«Hace quince días envié dos correos á Bathang. No recibiendo contestación, deduzco que nuestras cartas de Yerkalo y de Bathang son detenidas en el camino. He pasado parte de la noche última en arreglar nuestras cajas, y á las tres de la madrugada el P. Brioux montaba á caballo y las hacía transportar á Atent-se. Hará marchas forzadas y volverá lo más pronto posible.

«Un tal Aquieu ha dicho á los cristianos que es imposible hacer el viaje de aquí á Bathang sin ser registrado por las gentes de Kiang-ka, y aún despojado de sus vestidos si tienen algún valor.

«Los cristianos de Bommé se han dispersado, según se dice, entre las familias de sus mujeres para no tener que sufrir todos los días la visita de algún lama. Lo que no comprendo es que ni uno de ellos venga á decirnos lo que pasa en las cercanías de la ciudad, pues de fijo deben saber algo. ¿Es miedo? ¿es imposibilidad? ¿es indiferencia ó pereza? Lo ignoro.

«Hoy un lama de Lagongun ha ido con una carta de sus cofrades á la lamasería de Kamdatigne, y según dicen aquí es una orden de unirse para defender la «sagrada causa de su religión.» Algo de cierto habrá en esto. Un lama llegado ayer al país refiere que muchas veces sus colegas de Pamutang, Lamden, etc., han estado á punto de invadir Yerkalo, impidiéndoselo algunos jefes militares. Pero la partida ha sido sólo aplazada, y mientras unos ocuparán el camino de Bathang para detener á los extranjeros, los demás caerán sobre nosotros de improviso. Si los misioneros no han procurado salvarse todavía apelando á la fuga, *no se les matará tal vez en el acto, pero se les enterrará vivos*. Fácilmente se comprende que tratan de amedrentarnos, pues nuestra fuga les ahorraría muchos estorbos.

(1) *Sudé* ó *Sodé* significa: habitantes de la provincia de Kiang-ka, súbditos de Lhasa.

«Otra noticia de sensación. Si los chinos de Bathang dejan paso libre á los extranjeros, Lhasa se apoderará de su territorio y llevará sus conquistas hasta Ta-tsien-lu. Dicese que los lamas quieren averiguar cuál es la extensión de Francia y la de Austria-Hungría. El otro día, efectivamente, los emisarios del Budha viviente de Tondj-rulique nos pidieron mapas, y como nada de ellos entienden, se contentaron con algunas explicaciones. Quisieron ver la China, el Tibet, el Nepal, y les mostré esos tres países en el mapa de Asia, en donde el Tibet casi no ocupa más lugar que el preciso para contener su nombre. Luego les enseñé el mapa de Francia, y no era poco su aturdimiento al ver que el Tibet no es el país más grande del mundo.

«Hoy y mañana veré de esconder algunos objetos en el fondo del nuevo redil de cabras y debajo los pesebres de los caballos. Despues, Dios nos proteja y Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en honor de la cual hemos comenzado una novena. Si debe dar pronto la hora de la libertad de nuestra santa Religión en el Tibet, ofrezco á Dios de todo corazón cuantas tribulaciones le plazca enviarnos para apresurar su llegada.

«En el momento de cerrar mi carta vienen á decirme que las tres lamaserías de Lagongun, Kamdatigne y Rana han recibido de Lhasa el encargo de expulsarnos. ¡Esperemos! »

«Yerkalo, 14 de Diciembre de 1879.

«Acabo de recibir el correo de V. I., del 31 de Octubre, y contesto inmediatamente para tranquilizarle respecto á Yerkalo. El P. Alejandro nos escribe que los viajeros austro-húngaros se deciden á tomar el camino del Yun-nan, lo cual equivale para nosotros á una paz próxima y completa: así al menos lo esperamos. Es probable que dichos señores no vengán hasta Yerkalo, aunque hayan manifestado deseos de hacerlo. A pesar de las noticias más ó menos alarmantes de estos días, los cristianos de Yerkalo se han mantenido tranquilos, diciendo: «Sucederá como en los años precedentes.» Los de Bommé han mostrado menos firmeza; verdad es que corren mayor peligro. Hace ya tiempo que se dispersaron, y pensaba decirles por este correo que volviesen á sus casas; pero como los *sudé* exigen, según se dice, abundantes limosnas en todo el camino, creo prudente esperar un poco más.

«Al fin el correo de hoy nos trae muchas y buenas noticias, haciéndonos esperar una paz próxima y anunciándonos además la llegada de dos nuevos compañeros. *Deo gratias!*»

TREBISONDA.

IV.

IGLESIAS CONVERTIDAS EN MEZQUITAS.

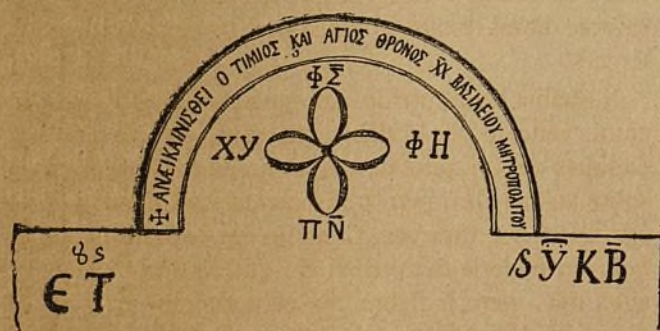
Después de la toma de Trebisonda (1461) ocuparon los turcos la fortaleza interior de la ciudad y se establecieron en todos los barrios situados en las alturas y comprendidos en el recinto de las murallas. Apoderáronse de las iglesias que había en ellos y las convirtieron en mezquitas. La ciudad baja y extramuros, con todas sus iglesias, fué dejada á los cristianos.

1. *Iglesia de la Virgen.*—Anibalano, eparca del Ponto

y de la Capadocia, habiendo abrazado el Cristianismo, hizo construir en Trebisonda la primera iglesia, que fué consagrada bajo la advocación de la Santísima Virgen. Situada en la ciudad alta, hallábase en otro tiempo aislada en medio de una gran plaza que servía de paseo y en la cual se hallaban la biblioteca, una escuela, las cárceles y un vasto monasterio, ocupado después por la autoridad local. Véanse todavía hoy allí restos de muros y arcadas: lo demás es de construcción moderna.

Nada ha cambiado en la disposición de esta iglesia. La fachada mide 18 m. y medio, y se compone de un pórtico que da acceso á los dos *narthex* (1). La nave principal tiene 6 metros de ancho, y está acompañada de dos bajo-relieves sostenidos por pilastras. Sobre el ábside se eleva una cúpula que recibe luz por doce ventanas. La construcción general es de la mayor sencillez. La iglesia tiene la forma de una cruz y está terminada por un ábside circular, flanqueado por dos capillas laterales. De una extensión total de 35 m., incluso los dos pórticos, tenía tres puertas de mármol blanco, mirando la principal al Este y las otras dos al Sud y al Norte. La puerta del Sud fué tapiada hace tres años. En el interior del edificio hay seis columnas de mármol: dos de mármol jaspeado de rojo y cuatro de mármol blanco. El embaldosado es de mosaico, formando grandes rosetones. La techumbre es toda de cobre, tal como era en tiempo de los emperadores cristianos de la Edad media. En la parte exterior del muro un mosaico de un metro cuadrado, perfectamente conservado, representa los consortes imperiales sosteniendo una cruz. Es el único mosaico que ha resistido la mano del tiempo; pero, cuando los últimos trabajos de reparación, fué cubierto con una capa de cal.

En 1877 los turcos, habiendo hecho remover una parte del embaldosado para reparar una pared, encontraron un mármol, de 1 m. 80 de largo, teniendo en su centro una cabeza de buey dorada, con una palma á cada lado y el nombre ALEXIOS KOMNENOS. Descubrieron además una piedra plana, de 1 m. 85 de largo, por 70 cent. de ancho y 36 cent. de grueso, que llevaba la siguiente inscripción en letras de un relieve de 3 centímetros (2).



La cruz está igualmente en relieve; las aspas son ovales, huecas del centro y reducidas de los bordes. De su

(1) Parte inferior de las iglesias griegas, destinada á los catecúmenos y penitentes.

(2) Traducción: «Reconstruido el venerable y santo trono de Jesucristo de Basilio metropolitano.»

Estando algo deterioradas las dos letras XX, la primera sería más bien una H que representaría *Esoy* (Jesús) y la segunda X *Jristoy* (Cristo). Las ocho letras del derredor de la cruz se traducen: «Luz de Cristo, iluminadnos siempre.»

Los dos últimos grupos de letras significan «Año de Cristo 442.» *Et* está por *etos*; la barra de la S declara la X; y los otros tres signos representan el número 422, fecha de la construcción del templo.

forma se desprende que esta piedra debía estar empujada en el muro, indudablemente encima del trono episcopal, y debía estar visible únicamente la parte superior donde se halla la inscripción semicircular.

Muchas piedras y mármoles esculpidos, que componían la puerta Sud que fué tapiada, han sido vendidos y han servido para la construcción de una casa inmediata. Algunos de los pedazos extraídos medían dos metros cuadrados. Los restos del embaldosado han sido recogidos por los cristianos como precioso recuerdo de esta magnífica iglesia, su primera metrópoli, á la cual habían dado los Comnenos el sobrenombre de *Cabeza de Oro*.

A muy poca distancia se halla una fuente levantada por Alejo I Comneno (1204-1222) en memoria de san Eugenio, mártir de Trebisonda, y algo más lejos, en el sitio donde estaba emplazado el antiguo convento, se ve el vasto edificio residencia de la autoridad local.

II. *Santa Sofía*.—Sobre un promontorio á 3 kilómetros de Trebisonda se eleva la iglesia de Santa Sofía, construida por Justiniano. Fué levantada sobre el mismo plano del templo de la Virgen; pero las dimensiones son más pequeñas. La nave tiene de largo 19 m. 27, y de ancho 13 m.; los dos *narthex* miden juntos 10 m. 65 de largo. Santa Sofía tenía tres puertas: la del Sud fué tapiada, y los mármoles que la formaban están en tierra á alguna distancia. La arcada de esta puerta, muy rica en esculturas, está todavía en su sitio (grabado, pág. 388). Nótese en ella el águila monocéfala bizantina; lo cual debe indicar que Emanuel Comneno la restauró. Las dos otras puertas no tienen escultura alguna: están sencillamente formadas por columnas de mármol blanco (pág. 389).

La cúpula está sostenida por cuatro columnas de granito que soportan elevados arcos. El interior estaba adornado con frescos representando Santos: entre ellos veíase la imagen de Emanuel Comneno. Estas pinturas han sido en parte borradas por los turcos. El embaldosado está en muy buen estado: compónese de mármoles preciosos de diferentes colores, formando una serie de medallones reunidos por entrelazos sobre un fondo de mosaico.

Santa Sofía está rodeada de una gran plaza, al Sud de la cual se halla la puerta de un convento donde se enseñaba la teología, la filosofía y las bellas letras. A juzgar por las ruinas, ese convento debía ser grandioso. De él queda únicamente en pie un vasto edificio que sirve de habitación á un derviche que guarda esta iglesia, hoy día convertida en mezquita (grabado, pág. 392).

Véase además, á 10 metros de Santa Sofía, un campanario cuadrado que debía haber servido de capilla. Su interior está adornado de frescos muy bien conservados representando varios asuntos religiosos.

III. *San Eugenio*.—Un poco al S. E. de Trebisonda se eleva la iglesia construida por Belisario y dedicada á san Eugenio. Ese vasto y magnífico templo fué maltratado por un incendio en tiempo de los Comnenos y por ellos restaurado. En él se ven cuatro columnas y una puerta, todas de mármol: todas sus antiguas pinturas han sido destruidas por los turcos. Distinguese empero en ella el águila de dos cabezas. La iglesia de San Eugenio tenía la forma de cruz; pero una de las alas, maltratada por el incendio, fué derruida y la reemplazó una pared sin puerta. La cúpula, adornada con doce venta-

nas, se eleva majestuosamente encima de la nave. En frente se levanta un minarete construido hace cosa de tres años.

IV. *San Felipe, apóstol*.—Esta iglesia es bizantina y data del tiempo de los Comnenos: fué construida por Ana, mujer de Juan Muruze. Es un vasto edificio de forma prolongada. Despues de la toma de Trebisonda, habiendo sido convertida en mezquita la iglesia de la Virgen, los griegos se retiraron á San Felipe, que erigieron en metrópoli.

Algunos años más tarde los turcos, viendo que los cristianos se multiplicaban en este barrio y temiendo una revuelta, decidieron transformar tambien en mezquita la iglesia de San Felipe. Un viernes el *mola*, acompañado de una turba de musulmanes, presentóse á eso de las diez de la mañana delante la iglesia, y ordenó al pueblo que penetrase en ella y quitase todos los objetos del culto cristiano. El autor de un pequeño poema griego, compuesto con este motivo, hace un lamentable cuadro de los excesos cometidos por los turcos, y en una carta dirigida al cardenal Bessarion refiere en estos términos el mismo suceso: «Era, dice, un espectáculo desolador. El *mola* ordenó al pueblo que penetrase en el templo: á pedradas y martillazos hundieron los turcos las puertas y entraron: destrozaron los cuadros, las cruces y las imágenes: lleváronse los viejos pergaminos, libros antiquísimos y los archivos de la metrópoli. Despues dieron entrada al *mola* y le entregaron el templo. Era un viernes: á medio día recitaron allí su oracion acostumbrada. Los restos salvados del pillaje fueron transportados á la iglesia de San Gregorio Nazianzeno.»

V.—Otras pequeñas iglesias bizantinas, abandonadas por los cristianos, fueron tambien convertidas en mezquitas.

Los cristianos de los barrios de Santa Sofía y de San Felipe, viendo que los turcos nunca les dejaban tranquilos, prefirieron dejar sus bienes é ir al Krum y á otros puntos en busca de una existencia más tranquila. Pero la emigracion les costó la pérdida de su fe, porque, poco despues de haberse establecido en el Krum, abrazaron la religion de Mahoma para librarse de la muerte.

Así se despobló Trebisonda. Sus habitantes, que tan fanáticos partidarios se habian mostrado del cisma de Focio, acabaron por renegar de la cruz para adoptar la media luna.

ÁFRICA CENTRAL.

X.

En Octubre de 1875 todos los misioneros de Delen, sor Germana Assuad, de Alepo, los negros y negras al servicio de la Mision, cayeron enfermos. El Ilmo. Comboni, atacado tambien de fuertes calenturas y preocupado por su responsabilidad con respecto á las dos Congregaciones que le habian confiado sus misioneros, resolvió trasladarse temporalmente á Singiokae, país distante catorce horas de Delen. Mas érales imposible dirigirse allí á pié, y en todo el país no habia disponibles más que cuatro ó cinco camellos ó jumentos.

En esto el mudir, gobernador general del Kordofan, envió desde Birch, poblacion distante tres jornadas de

Delen, un oficio al Ilmo. Comboni, en el cual le suplícaba que, por razon de no poderle proteger contra una tribu de Baggaras nómadas, abandonase momentáneamente la estacion de Delen. Además, le enviaba veinte camellos para el transporte de los misioneros y de sus provisiones. El portador del oficio refirió á la superiora, sor Assuad, que el gobernador tenia en Birch y en sus inmediaciones más de 1,000 soldados con cuatro cañones, y que se proponia atacar los pueblos del jefe Cacun por no haber pagado todavía el tributo ordinario. Esto movió al Ilmo. Comboni á llamar al jefe nuba y exhortarle á pagar el tributo como los demás años, á lo cual contestó que de momento no era posible, y terminó suplicándole que interpusiese su mediacion con el gobernador para que esperase la cosecha siguiente, en cuya época se le satisfaria todo. Entonces el Ilmo. Comboni envió inmediatamente al gobernador un correo especial.

Este incidente, unido á las enfermedades que afligian á los misioneros, hacia muy peligrosa su situacion. Reunidos por su superior los Rdos. Bonomi y Martini, y los PP. Chiarrelli y Franceschini, acordaron unánimes que era preciso dejar aquel puesto hasta que hubiesen recobrado la salud, único medio de salvar la Mision.

El Ilmo. Comboni tenia motivos para sospechar que el gobernador, al enviarle su oficio, habia tenido entre otros designios el de retardar la fundacion de la Mision de los Nubas á fin de ejercer más libremente la trata de negros. Sabia que el jefe de los Baggaras habia declarado al mudir que desde la instalacion de los misioneros entre los Nubas no habia podido arrebatarse el suficiente número de esclavos para pagarle la contribucion anual. Mas la necesidad de salvar la vida de sus compañeros de Mision no le permitia continuar allí más tiempo, y decidió partir, dejando la estacion con el mobiliario al jefe Cacun.

El 30 de Octubre á las cuatro de la mañana comenzaron á cargar los camellos. El bajá les habia enviado un genízaro para acompañarles. A las siete y cuarto pusieron en camino. La selva que debian atravesar durante catorce horas estaba poblada por leones y otras bestias feroces.

No habia transcurrido una hora cuando el P. Franceschini, vencido por la fiebre, no pudo dar un paso más. Despues de un rato de descanso pudo subir de nuevo sobre su camello, pero transcurrida otra hora fuéle preciso detenerse otra vez. Condujéronle debajo de un árbol, sin poderle dar otro alivio que algunas lociones de agua fria, pero la fiebre iba en aumento. El agua que traian en dos *zanzemieh* (odres) comenzaba á faltarles, y las provisiones y los bagajes iban en los primeros camellos, de modo que dos conductores corrieron apresuradamente para hacer retroceder á los que llevaban colchones, agua y utensilios de cocina.

A las dos de la tarde no habian llegado todavía los camellos, y el Ilmo. Comboni con sus compañeros, abrasados por la sed, se habian acostado sobre sus mantas. Retroceder era una imprudencia. Hallándose el P. Franceschini con menos calentura y habiendo recobrado un poco las fuerzas, pusieron de nuevo en camino. Al cabo de cuatro horas percibieron á lo lejos una balsa de agua negra y fangosa. Acercáronse á ella, y aunque el

agua era desapacible é infecta, apagaron gustosos en ella su sed.

Acercábase la noche, y comenzaban á oirse rugidos de leones. Caminaron todavía dos horas por entre árboles espesos y espinosos, pero viendo la dificultad y los peligros de esta marcha en la oscuridad de la noche y oyendo más próximos y frecuentes los rugidos del león, detuviéronse, encendieron al rededor de ellos grandes hogueras para ahuyentar las bestias feroces, y acostáronse sobre mantas, atormentados por el hambre y la sed. El genízaro traía 5 ó 6 onzas de carne cruda de un carnero muerto tres días antes, y el Ilmo. Comboni 8 onzas de carne salada comprada en Khartum. A falta de marmitta, pusieron ambos trozos en el *doka* (utensilio de hierro para cocer y preparar el *dura* ó pan de los árabes del Sudan); pusieronlos al fuego algunos minutos y se los partieron entre todos.

A la alborada, aunque entorpecidos por el frío de la noche, rendidos de fatiga, extenuados por el hambre y la sed, continuaron su camino. Transcurridas ocho horas, llegaron á Singiokae, en donde encontraron bajo las cabañas de los salvajes el resto de la caravana.

El pueblo estaba casi desierto, pues los habitantes habían huido con sus rebaños por temor á las tropas del gobernador. Para mantener á sus soldados, éste se apoderaba de los ganados y provisiones sin pagar indemnización alguna, y estimaba en muy bajo precio sus esclavos. No encontrando allí carne, ni manteca, ni víveres de ninguna clase, después de reparar un poco las fuerzas de todos, resolvió el Ilmo. Comboni llegar hasta Birch, en donde se encontraba el gobernador del Kordofan.

Mucho tiempo hacia que ese funcionario queria avasallar aquellos pueblos, comenzando por imponerles un tributo anual, pagadero en monedas, en especie, en bestias ó en esclavos. Niéganse á ello las tribus, y cada año el gobernador tiene que enviar oficiales superiores con numerosas tropas que cobran los impuestos á palos y latigazos, y además se apoderan de los ganados, arrebatan mujeres y niños, todo cuanto les viene á mano, y matan á los recalcitrantes. Por esto los moradores de Singiokae, noticiosos de la proximidad del gobernador con 1,000 soldados, habían enviado el *cheik* á pagar el tributo, huyendo todos al interior.

Al día siguiente de su partida supo el Ilmo. Comboni que la estacion de Birch estaba casi desierta por igual motivo y que el gobernador había partido hácia los montes de Tegala después de haber dejado á disposicion de S. I. una escolta de soldados. Como las fiebres intermitentes no cesaban de afligir á los misioneros y á las Hermanas, el Ilmo. Comboni resolvió dirigir todos sus compañeros á El-Obeid.

Diez y ocho días después de su salida del país de los Nubas llegaron extenuados de fatiga á dicha ciudad, en donde encontraron al doctor Pfund, médico y naturalista adherido á la expedicion del virey de Egipto, dirigida por el americano Colston, célebre en la guerra separatista.

El Ilmo. Comboni recibió también en El-Obeid despachos importantes que le obligaban á dirigirse á Khartum y al Egipto. Púsose de acuerdo con el gobernador y preparólo todo de manera que el Rdo. Bonomi pudie-

se al cabo de dos meses volver á la Mision de los Gebel-Nubas. Luego partió de El-Obeid con algunos compañeros; atravesaron los espesos bosques de árboles resinosos, y en Tura-el-Khadra tomaron pasaje con el general Colston en un vapor del Gobierno, que les condujo á Khartum.

ÁFRICA ECUATORIAL.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANICA.

(DIARIO DE LOS MISIONEROS).

VIII.

Martes, 13 de Agosto.—Dejamos el campo de Nyambua, y después de tres cuartos de hora nos alcanzan algunos soldados de Pimbira Pereh. Creíamos que venían á exigirnos un nuevo *hugo*; felizmente nos hemos equivocado. Algunos esclavos del sultán habían huido durante la noche, y sin saberlo nosotros uno de ellos se ha juntado á nuestra caravana. Cóganle los soldados y se lo llevan al *tembé*.

La vista de ese desgraciado llevado á viva fuerza nos causa profunda emocion y nos recuerda que uno de los principales fines de nuestra mision es trabajar para que desaparezca del interior del Africa el vergonzoso tráfico de carne humana. Aunque el comercio público de esclavos está abolido en Zanzibar, en otros puntos de la costa son vendidos todavía multitud de infelices para ser llevados á todos los puntos del mundo musulmán.

Únicamente los musulmanes son los que se dedican al comercio de exportacion de esclavos africanos, á quienes envían al fondo del Asia. En el interior del Africa la esclavitud no está abolida. Los sultanes y todos los jefes de cierta importancia tienen sus esclavos, no menos maltratados por sus compatriotas que por los árabes. Algunos parece que han adoptado el partido de sufrir impasibles su triste situacion; otros, la mayoría, se muestran sombríos, taciturnos, desesperados, y son los que, reducidos hace poco á esclavitud, tienen todavía presentes en su imaginacion las sangrientas escenas en medio de las cuales han perdido su libertad. Todos los días acontecen en uno ú otro pueblo escenas que la pluma rehusa describir. Mientras habitantes inofensivos y pacíficos se entregan á sus trabajos ó á sus diversiones, de improviso precipítanse sobre ellos bandas de hombres armados. Para aumentar el terror y paralizar toda resistencia los agresores descargan sus armas, aunque aquellos infelices no muestren intento de defenderse. A veces son muertos de este modo centenares de hombres y mujeres, y los restantes, sobrecogidos de espanto, son presos y encadenados. Después desaquear sus viviendas y de entregarlas á las llamas, aquella turba de asesinos y ladrones regresa con su botín al país de donde ha venido y en el cual vende su mercancía á otros indígenas. Estos conducirán más lejos, para venderlos nuevamente, á los infelices esclavos, y los harán marchar á fuerza de golpes, dejando aún sin sepultura en mitad del camino á las pobres víctimas del hambre, de los malos tratamientos, y algunas veces del asesinato. De trecho en trecho, en la ruta seguida desde Zanzibar, hemos tropezado con osamentas y emblanquecidos cráneos de esos infortunados.

La introduccion de las armas de fuego en el interior del Africa no ha hecho más que mantener y aún extender tan vergonzosa plaga. Antes solamente los árabes se dedicaban á cazar esclavos. Encontraban á las poblaciones negras sin otras armas que sus flechas, sus venablos y sus lanzas, impotentes contra los fusiles y rewolvers. Poco á poco, para acrecer su infame comercio, han tomado auxiliares entre los mismos negros, y les han dado armas. Las primeras tribus armadas echáronse sobre los que no lo estaban, cebándose en ellas con más salvajismo y crueldad que los árabes. Segun nos han dicho, á la otra parte del lago Tanganika hay extensas provincias que de este modo han sido trocadas en desiertos. Todos los habitantes que no han podido huir han sido muertos ó reducidos á esclavitud. Los árabes siguen dedicados á tan bárbaras empresas, pero los que les dirigen pertenecen á la propia raza negra.

Más léjos comienza la obra de los portugueses, de los cuales nada diré, porque son cristianos, de nombre al menos, y nuestro deseo no debe ser otro que el de reparar un día los males que han causado á los pueblos que vamos á evangelizar.

Despues de cuatro horas de camino hemos llegado á Mizanza-Nord. El sultan se ha negado á recibir hoy mismo el *hugo*, aplazándolo para mañana.

Miércoles, 14 de Agosto. — A medio dia hemos pagado el *hugo*, que ha subido á 70 *dotis* ó 280 metros de tela.

El P. Pascal está enfermo de cuidado; pasa muy malas noches, y casi nunca le deja la fiebre.

Jueves, 15 de Agosto. — Hoy hemos celebrado del mejor modo posible la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora. Por primera vez desde el origen del mundo los cánticos del triunfo de Maria han resonado en medio de las selvas del Africa ecuatorial. Hemos encomendado á Maria, «salud de los enfermos,» la curacion de nuestro querido compañero.

Como llevamos prisa de abandonar el Ugogo, en donde los tributos nos arruinan, hemos levantado el campo á medio dia. Dirigiéndonos al Noroeste hemos atravesado una inmensa llanura de arena que en la estacion lluviosa se convierte en un vasto pantano de donde los Vuagogo extraen sal en abundancia. Despues de cuatro horas de camino hemos llegado á Mhumpa. El sultan viene á vernos, trayéndonos dos fusiles y dos pistolas para que se los reparemos. Nos apresuramos á complacerle en la confianza de obtener condiciones menos onerosas para el *hugo* y pagarlo el mismo dia; pero el sultan no quiere admitirlo hasta la mañana siguiente. Por la noche desertan ocho de nuestros *pagazis*.

Viernes, 16 de Agosto. — El sultan de Mhumpa nos exige dos barriles de pólvora y 46 *dotis* de telas.

El estado del P. Pascal se agrava cada vez más, y cuando le hablamos contesta de un modo incoherente.

La curiosidad de los habitantes nos asedia aquí como nunca. Los Vuagogo invaden nuestras tiendas, examinan á nuestro estimado enfermo, estréchannos de modo que no nos permiten dar un paso, espian nuestros gestos y nuestros menores movimientos, nos contrahacen, y de todo se rien.

Sábado, 17 de Agosto. — El P. Pascal ha pasado muy mala noche y en continuo delirio. Al continuar nuestra marcha se ha negado á dejarse llevar para no privar de

la hamaca á otro compañero enfermo como él, y ha querido de todos modos montar en su jumento. Durante dos horas hemos caminado hácia el Noroeste hasta llegar al campo de Mukonduku. El P. Pascal se halla reducido á una debilidad extrema, y tenemos un próximo y triste desenlace.

Domingo, 18 de Agosto. — Ofrecemos á Nuestro Señor el dia y la semana que comienzan, y celebramos el santo sacrificio de la Misa.

Todos los misioneros del lago Tanganika ruegan á Dios por la curacion del P. Pascal, su superior. En cuanto á él, su resignacion es perfecta y sus sentimientos de piedad admirables. En los intervalos que le deja su enfermedad, no cesa de ofrecer á Dios el sacrificio de su vida y de exhortarnos á la conformidad con la voluntad divina.

El *hugo* ha sido fijado en 46 *dotis* de telas, un rollo de alambre y un barril de pólvora de 5 libras.

Lunes, 19 de Agosto. — Continuamos acampados en Mukonduku con objeto de abastecer nuestra caravana para algunos dias. Por otra parte el P. Pascal está imposibilitado de continuar el camino, siendo tal su debilidad, que á cada momento tenemos verle morir. Comprendiendo él mismo la gravedad de su estado, nos hace sus postre-ras recomendaciones para sus caros superiores, su madre y sus hermanos. Al medio dia el P. Livinhac le administra los últimos Sacramentos y le hace la recomendacion del alma. Parece que nuestro amado superior no esperaba más que estas preces supremas de la Iglesia para dejar esta tierra. Ha espirado á las tres y media despues de una tranquila agonía. Tendido sobre su estera debajo de su tienda parecia dispuesto á dormirse. Ha dormido, en efecto, el sueño de la paz en brazos de Nuestro Señor con la calma y la alegría de un santo, dando su vida con transportes admirables de caridad por esta Mision que tanto habia deseado.

No podíamos creer á nuestros ojos aunque le hubiésemos visto sufrir todos los dias y no obstante haber asistido á todas las fases y temibles progresos de su enfermedad. No podíamos creer en su muerte, pensando que Dios lo habria conservado á nuestra naciente Mision. No lo ha querido, ¡cúmplase su santa voluntad! Nos consuela pensar que desde lo alto del cielo continuará velando por la obra que tanto deseaba realizar en este mundo. Rogará por nuestra Mision y por sus antiguos compañeros. Las oraciones de un santo como él nos obtendrán las gracias que necesitamos, sobre todo la de sufrir y ganar almas. Uno es nuestro deseo: el de seguir sus huellas. Así lo hemos prometido á Nuestro Señor sobre los despojos mortales de nuestro querido y venerado hermano.

El carácter particular de la virtud del P. Pascal era la prudencia, la humildad y la caridad. Nunca le habíamos oído una sola palabra que no respirase el más absoluto desprecio de sí mismo, y nunca era más feliz que cuando encontraba ocasion de humillarse á los demás. Su gozo era prestar á todos, y particularmente á los pobres y á los enfermos, los oficios más humildes y desagradables.

Un dia en las inmediaciones de Geryville encontró un pobre muchacho indígena abandonado de todos, hasta de sus padres, y cuyo cuerpo no formaba, por decirlo

asi, más que una sola llaga. El buen Padre le recogió y se lo llevó á su casa, «feliz, como decia en una de sus cartas, por cuidar á semejantes enfermos por amor de Nuestro Señor.» El mal era demasiado profundo para poder curarse, mas con sus maternales cuidados el Padre Pascal endulzó los últimos dias de aquella pobre criatura. Hizo más, ganó su corazon. Semejante ejemplo de caridad abrió los ojos del niño á la luz, y si el misionero no le conservó la vida terrenal, tuvo al menos la alegría de darle la vida del cielo.

Mientras el P. Pascal se hallaba en Nuestra Señora de Africa, encargado de la peregrinacion, manifestaba su paciencia de un modo no menos admirable. Dia y noche estaba constantemente al servicio de todos, dispuesto á acudir al primer llamamiento. Su caridad llegaba al extremo de despojarse completamente á sí mismo, como se verá en los dos siguientes ejemplos.

Un dia festivo, uno de los huérfanos árabes de la casa no habia podido cambiar su ropa, pues la pobreza á la sazón era tal que hasta faltaba lo estrictamente necesario. Advirtiéndolo el P. Pascal, é indicando al muchacho que le siguiese, entrególe una de sus camisas, diciendo:

—Vé á mudarte sin que te vean, y sobre todo nada digas.

El jóven árabe no guardó el secreto, y habiendo dicho al Padre otro misionero que debia ser sin duda muy rico para poder hacer semejante regalo, contestó sonriendo:

—De tres camisas que tenia, bien he podido dar una por amor de Nuestro Señor.

Otra vez, tambien en Nuestra Señora de Africa, un pobre argelino se presentó á pedir limosna, y encontró al P. Pascal, que salia de la casa conventual en direccion de la iglesia para confesar á los peregrinos. El Padre no tenia dinero; mas no queriendo despedir con las manos vacías á un pobre, en quien su fe le hacia ver á Nuestro Señor vivo y paciente, subió rápidamente á su celda; tomó un par de sábanas, únicas que poseia (pues los misioneros duermen comunmente vestidos sobre una simple estera), y bajando las entregó al pobre árabe.

El valor del P. Pascal estaba á la altura de su caridad. Un dia, en su Mision, fuéron á advertirle que dos árabes habian venido á las manos. Corrió al punto, y les vió armados con cuchillos y en disposicion de acometerse. Lanzóse en medio de ellos, y dirigiéndose al más furioso arrodillóse á sus piés, clamando en árabe:

—¡Hiéreme si tienes valor para ello!

El indígena retrocedió, y el heroico misionero precipitándose sobre él le estrechó en sus brazos.

Consolándonos con tales recuerdos hemos celebrado los funerales de nuestro venerado compañero. Con motivo de las supersticiosas disposiciones de una parte de los salvajes que nos rodeaban y que no hubieran dejado de exigirnos, con ocasion de esta muerte, un tributo de muchos centenares de *dotis*, hemos resuelto de comun acuerdo trasladar el venerado cuerpo del difunto al otro lado de la frontera del Ugogo y sepultarlo en la inmensa selva colindante con la última llanura de esta provincia. Pero á fin de verificarlo con más sosiego y recogimiento hemos esperado la noche. Despues de rezar por él un responso, uno de los Padres, acompañado de ocho sol-

dados, un jefe y dos guias que conocian perfectamente el pais, han partido llevando consigo el precioso depósito. Era un espectáculo lleno de solemnidad y de emocion el que ofrecia aquella pequeña tropa, iluminada apenas por el vago resplandor de la luna, marchando á través de las sombras nocturnas para dar furtiva sepultura al primer apóstol del Africa ecuatorial. El viaje se ha efectuado sin el menor accidente. El fúnebre cortejo ha pasado antes de la aurora la frontera del Ugogo, penetrando 7 ú 8 kilómetros dentro de la selva. Allí ha recibido sepultura nuestro querido difunto; allí, en medio del silencio y de la paz, bajo una pequeña cruz de madera, reposa el cuerpo de nuestro santo y venerado hermano, aguardando la hora de su resurreccion.

Martes, 20 de Agosto. —Hoy hemos ofrecido todos el santo Sacrificio por el P. Pascal, y á las seis hemos levantado el campo. Nótase la falta de tres *pagaçis*, que han desertado durante la noche. Despues de una hora de camino, hemos llegado al último pueblo del Ugogo, compuesto únicamente de algunos *tembès* y sujeto del todo al sultan de Mukonduku, cuyo nombre tambien lleva.

A medio dia vienen tres jefes acusándonos de ocultar en nuestras tiendas el cuerpo de uno de nuestros compañeros difunto. Invitamos al sultan á visitarlas todas, pero se niega á ello, obstinándose en exigirnos 50 *dotis*. Parlamentamos largamente, pero todo en vano. Nuestros *pagaçis* han descubierto, á no dudarlo, la muerte de nuestro hermano. Por último, el sultan se contenta con 39 *dotis* y 3 rollos de alambre.

ÁFRICA AUSTRAL.

(Continuacion.—Pág. 372).

El 17 de Junio la caravana llegó á Zeerust, hermosa tierra situada en un rico valle que atraviesa el rio Marico. Los jardines llenos de naranjos hacian creer á los viajeros que entraban en un fértil valle de la Italia meridional; pero el agua que corria hácia el Norte les probaba claramente que habian avanzado mucho en su camino. Ya habian dejado atrás el rio Orange y se encontraban en el origen lluvioso del Limpopo. Bajando por la ribera izquierda del rio, admiraban aquí y allá las ricas quintas bien cultivadas y fecundas por el abundante agua que las riega. En una de estas posesiones hallaron á un irlandés que hacia treinta años que no habia visto á un sacerdote, y el cual se llenó de gozo, porque se le presentaba ocasion de bautizar á sus hijos y de cumplir él mismo los deberes religiosos. Este encuentro nos trae á la imaginacion una de aquellas graciosas historietas que solia contar el célebre misionero de las tribus salvajes en las montañas Berroqueñas: el P. de Smet. En una de sus excursiones al extremo occidental, viajando á través de una llanura, dejando atrás el Misuri superior, llega el Sábado Santo á un pequeño grupo de casas de madera, en las cuales se habian establecido algunas familias irlandesas que despues de haber construido una iglesia esperaban con paciencia que la Providencia enviase por aquella parte algun sacerdote. El P. de Smet fué el elegido de Dios. Le recibieron como á un ángel bajado del cielo, y todos pudieron recibir los Sacramentos y celebrar al dia siguiente la Pascua de Resurreccion. Otro tanto

podía decirse de nuestro irlandés, el Sr. Coglan, que había estado esperando treinta años que pasase por aquel camino un sacerdote. Nuestros misioneros fueron los que tuvieron la suerte de llevar la salud á aquella familia afortunada.

Arduo y enojoso fué el paso de las montañas de Duarsberg, pero los Padres sintieron vivo placer al encontrar en algunos pueblecillos colocados en la falda septentrional de aquella cordillera la primera poblacion de negros. Eran de la raza betchuana, y daban señales de buenas disposiciones para recibir nuestra santa fe. Sus casitas agradaban á la vista por su sencillez.

El 7 de Julio los viajeros llegaron al Limpopo, llamado el *Rio del Cocodrilo*. El confluente de ambos rios es un punto muy interesante en la geografía del Africa meridional; el P. Law quiso determinar cuidadosamente su posicion, y señaló la latitud á los $24^{\circ} 11' 39''$ que corresponde exactamente á la que encontró señalada en la carta topográfica de Jeppe, que es la más reciente y la más fidedigna. Su altura sobre el nivel del mar es de 2,676 piés, conforme á la medida de este mismo geógrafo. El Marico tiene en este punto 60 metros de anchura, pero en tiempo de lluvias pasa de 200, lo que hace necesario hacer este viaje en la estacion seca, porque en otra ocasion es imposible pasar los rios á vado. La vista del Limpopo, que despues del Zambese es el rio más ancho que desemboca en el Oceano índico al Oriente de Africa, causó á los misioneros una conmocion inesperada: para ellos el Limpopo era un rio del Africa interior, segun lo habian leído en las guías de algunos viajeros, y creian estar á muchos miles de millas de él, y por consiguiente muy léjos de imaginarse que habian de ver sus aguas. Así es que les parecia un sueño el encontrarse en sus orillas.

Distaban, por lo tanto, pocas millas de su suspirada Mision, y daban gracias al Señor porque les había protegido en medio de tantos peligros. La tierra que tenían que atravesar estaba del todo deshabitada, y durante nueve dias consecutivos no encontraron alma viviente. De noche se oía el ahullido de las bestias feroces, y un buey que andaba perdido fuera del campamento fué devorado por los chacales, si bien no oyeron el rugido del leon. Cuando la caravana salió de Zeerust, fué advertida de que por la noche tuviese encendidos fuegos de guardia al rededor del campamento, porque de otra manera corrian gran peligro de ser devorados por las bestias salvajes. Nuestros viajeros tomaron todas las precauciones y no tuvieron más encuentros desgraciados que los ya mencionados. Las riberas del rio estaban plagadas de perdices y gallinas de agua que surtian con regocijo la mesa de los viajeros. Gran número de monos andaban por las ramas de los árboles, y algunos de ellos cogidos felizmente por los misioneros han venido á enriquecer los mejores museos de Europa.

El dia 17 de Julio la caravana atravesó el Notwana, paso difícil para el que tuvieron necesidad de pedir otras dos yuntas de bueyes para pasar los carros: en la tarde del 20 pasaban el Trópico y entraban en el territorio cuya mision se les había asignado. En el tronco de un árbol abrieron una gran cruz, aunque tosca, en memoria del lugar en que por primera vez acababa de ofrecerse el santo Sacrificio dentro de los límites de su jurisdiccion.

La region al Este de la confluencia del Limpopo con el Marico fué el teatro de los hechos famosos del célebre cazador Gordon Cumming hace unos 20 años. Era entonces un verdadero paraíso para los cazadores, y lo es aún por la gran abundancia y variedad de antílopes y de ciervos que se encuentran. En Lichtenburgo los Padres pudieron comprar dos ciervos por 6 chelines, otro les dieron por unos pocos fósforos fulminantes, y el cuarto se vino á sus piés á la querencia de los otros. El elefante no existe por haberse retirado al Septentrion, pero se encuentran girafas, leones, búfalos y algun otro rinoceronte. En los rios abundan formidables cocodrilos, y quererse bañar en las profundas aguas del Limpopo es ponerse en peligro de muerte. El mónstruo está en acecho en el fondo de las aguas ó bien en la superficie, dejando sólo ver el dorso, que se parece á la corteza de un árbol, y de improviso se arroja sobre la presa que incautamente viene al agua. Con los dientes destrozan á los bueyes que vienen á la orilla, y á los perros se los engullen en un instante.

Nuestros viajeros dejaron el Limpopo en Pallah-Camp, y volvieron hácia el Norte con direccion á Shoshong. Por espacio de seis dias marcharon por un desierto árido y lleno de polvo, en el cual sólo crecian los tréboles y los espinos, sin encontrar una gota de agua ni caza de ningun género: un verdadero *país de la sed*, como dicen muy bien los alemanes con su vocablo *Durstland*. El 21 de Julio llegaron á Saltpan, que es un lago seco á los $23^{\circ} 21'$, de 1,000 metros de diámetro en su parte más ancha, y no queda de él más que una depresion poco profunda, cubierta de una capa salitrosa; lo que prueba la gradual disecacion que se está efectuando en la parte occidental del Sur de Africa y que va transformando estas regiones, en otro tiempo fértiles, en otros tantos desiertos.

La distancia que separa este punto de Shoshong es sólo de 19 millas, trayecto que puede hacerse fácilmente en un solo dia. Los misioneros se aproximaban á esta ciudad indígena con el corazon palpitante: graves intereses tenían que ventilarse. La eterna salvacion de tantas almas, el éxito próspero ó infeliz de toda su expedicion, las condiciones en que se habian de encontrar sin ayuda y sin hogar en aquellas regiones inhospitalarias del Norte, ó acaso cogidos en las llanuras del Zambese por las inundaciones de la estacion de las lluvias, en las cuales dominan las fiebres, y que no se sabe qué sea mejor, si avanzar ó permanecer firmes; esto y otras cosas preocupaban su mente.

Antes de conducir á nuestros lectores á la ciudad indígena de Shoshong, debemos transcribir un trozo de una carta del P. Croonemberghs en que describe una escena que presenciaron los Padres al aproximarse á aquel sitio. «Hé aquí que dos betchuanos se dirigen hácia nosotros á todo correr, montados en dos bueyes de grandes cuernos: una cuerda atada á la nariz les servia de brida, y de silla dos manojos de yerba. Vestian estos guerreros el uniforme de la madre naturaleza, de un color negro aceitunado. Una pluma en la cabeza, un pequeño cinto al cuerpo y las sandalias en los piés, formaban todo su vestuario. La *azagaya* ó gran maza de hierro era toda su armadura. La mision de estos guerreros de Shoshong era enteramente pacífica, pues querian cambiar la leche de

sus cabras por nuestro tabaco de Transvaal. Detrás de ellos vemos venir una banda de jovencillos enteramente negros que querían vender ovejas y cabras. El Padre Superior quiso que se les diese una tajada de tocino, y el uso que hicieron de él nos dió mucho que reír. En un momento todos se untaron la cara y todo el cuerpo con aquel tocino, y después se miraban entre sí admirándose de verse tan brillantes y hermosos. Parecían aquellos ángeles esculpidos en madera vieja de encina con que nuestros célebres artistas adornaron las iglesias de Santiago y de Nuestra Señora de Amberes.»

Shoshong es la capital de Bamangwato, tribu principal de la raza betchuana, y residencia del rey llamado Khama. Los indígenas dan á este lugar el nombre de Bamangwato. Está rodeado de colinas pedregosas, excepto el lado meridional que es por donde es accesible; por lo que, como dice el Sr. Bailie, puede ser transformado fácilmente en una plaza fuerte. El Rev. J. Mackencie, ministro de la sociedad de misioneros protestantes de Londres, escribiendo hace diez años, daba á esta población cerca de 30,000 habitantes; y se dice que Macheng, tío del presente rey, podía poner en pie de guerra un cuerpo de ejército de 8,000 hombres, armados principalmente con aquellos instrumentos que en Inglaterra se conocen con el nombre de *fusiles de torre*, los cuales después de haber pasado de mano en mano y de haber enriquecido á muchos mercaderes de armas antiguas, causan la gloria ó el terror de los reyes casi en todo el interior del Africa. Nuestros misioneros refieren que después de aquel tiempo el hambre y las guerras han disminuido mucho la población, de manera que al presente apenas cuenta 10,000 habitantes, y nos la describen más bien como un conjunto de pueblos que como una verdadera ciudad. Las cabañas están situadas con poco orden al rededor de una plaza espaciosa, y separadas entre sí por setos de malezas, ó con callejuelas angostas y difíciles de pasar. La inmundicia de tales calles, nos dice Mohr, es intolerable; por esta razón los ministros protestantes de Londres están establecidos á una milla fuera de la ciudad. Según la relación de nuestros misioneros, las condiciones higiénicas no han mejorado después del tiempo que estuvo Mohr. Shoshong está situado á 3,300 piés sobre el nivel del mar: á causa de tanta altura la atmósfera seca y enrarecida refresca rápidamente al ponerse el sol, siendo las noches muy frías. Mohr hubo de encontrar témpanos de hielo de diez pulgadas, que se veían por la mañana pendientes de su carro, y dice que aún cuando la latitud sea solamente de 23° 2', esto es, casi medio grado dentro de los Trópicos, no obstante, al oscurecer veía á los europeos salir cubiertos de pieles, como si se encontrasen en el estrecho de Behring. También nuestros misioneros en muchas cartas nos hablan del frío que se siente en aquellas regiones por la noche y en las primeras horas de la mañana. Aunque estuviesen bien cubiertos y encerrados en la tienda de sus carros, muchas veces les despertaba el frío, y hubo ocasión en que se les heló la vinajera de agua durante el sacrificio de la Misa. Esto es una singularidad del terreno africano que lo distingue notablemente del de la India. Hay distritos en las posesiones inglesas del Asia donde el termómetro señala á media noche 100° Fahrenheit, mientras que en los llanos altos del Africa central, á los 10° del Ecua-

dor, Livingstone no encontró pesada una manta de lana. Nuestros misioneros vieron una vez subir el termómetro á 80° Fahrenheit á las dos de la tarde, y á las ocho de la misma descender á 36°. Esta variedad de temperatura es sobrado nociva, y expone á los viajeros inexpertos á instantáneos enfriamientos y á las fiebres que les son consiguientes.

Shoshong es un lugar muy pobre; la mayor parte de los habitantes van desnudos, porque no tienen con que cubrirse. El rey y algunos de los principales de la ciudad visten á la europea, y al verlos parecen otros tantos *gentlemen*. En la ciudad se hace un gran mercado de plumas de avestruz salvaje, que abunda en el desierto de Calahari, situado cerca de los confines de Shoshong. El monopolio de esta fuente de riqueza está en manos del rey. Otra industria de este pueblo consiste en la manufactura del *caross*, especie de manto formado de muchas pieles de animales bien trabajadas por los indígenas, con el pelo bien conservado y diestramente cosidas, de manera que al presentarlas sobresalgan los diferentes colores que tienen las pieles. Estos *caross* suelen llevarse en toda el Africa meridional, y el que los tiene se cubre la espalda y el talle como con un largo manto. El Dr. Holub encontró algunos de estos en la cabaña del rey de Marutse-Mabunda en la ribera izquierda del Zambese; Mohr vió uno en una tienda *unter den Linden* (bajo los tilos) en Berlín, y algunos vieron en Florencia otro en un coche. En las cercanías de la ciudad las rocas se sobreponen unas sobre otras de una manera confusa; sólo en los valles, hácia el Sudeste, se ve cultivado en bastante cantidad el grano y el mijo. Lo que más se siente es la falta de agua, y los animales tienen que hacer más de una hora de viaje para encontrarla. Las pequeñas corrientes que se encuentran entre las colinas apenas sirven para quitar la sed. Mohr, al acercarse á la ciudad, encontró á la distancia de cuatro millas un pozo profundo en medio de las rocas, en el que dió de beber á las bestias, aunque la bajada era rápida y peligrosa, por lo cual lo llamó el pozo del infierno (*Devils kloof*), nombre que conserva todavía en el mapa de Peterson, por no tener otro más expresivo.

El traficante inglés, Sr. Francis, hizo en su propiedad un pozo de 80 piés de profundidad para el uso de su familia, pero el rey ha dispuesto que, aunque bastante escasa, sirva para todo el mundo.

Los habitantes de Shoshong son mixtos; como que la ciudad es el centro de todos los vagabundos y escapados de las diversas tribus Betchuana, Makalaka y Zulú. Los que vienen del reino de los Matabeles son sospechosos, como conocidos por guerreros, y con frecuencia van y vienen á la frontera; de manera que parece que no están seguros de la paz. En Setiembre del año pasado el solo rumor de una invasión de Matabeles fué suficiente para que los ingleses que residían allí se retirasen al otro lado del Limpopo. Como ejemplo del carácter de esta raza, más poderosa que ninguna otra, se cuenta que, después de la muerte de Mozilikazi, uno de los enviados á su primogénito Kuruman para invitarle al trono se presentó en Shoshong. El rey de esta ciudad le dió, como regalo, dos cabras flacas. El enviado se las devolvió con desden, acompañado de este orgulloso mensaje: «Los leones no roen los huesos de las cabras; esta comida es

à propósito para los chacales.» Tal es Shoshong y tales son sus habitantes: un sitio de donde, como dice un viajero, debe estarse lo más lejos que se pueda; y sin embargo nuestros misioneros suspiraban por él como por el paraíso deseado.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO III.

Leyes y costumbres.—Sistema de propiedad.—Conocimientos superficiales.—Lenguaje.—Poesía.—Música.—Danza.

Muchos europeos han aplicado el nombre de tribus á las reuniones de salvajes en los bosques de Australia. Esta denominacion es inexacta al presente, porque des-

de la disminucion creciente de su raza están constantemente agrupados en familias, cada una de las cuales es enteramente independiente. Nunca se encuentra más de una docena de australianos acurrucados en torno de sus hogares de sándalo. El jefe del grupo es el padre de familia, y su autoridad no está sometida á fiscalizacion alguna, absolutamente como en tiempo de la vida patriarcal. Las antiguas tribus sólo eran la reunion de esas familias en una misma comarca.

Sin embargo, los indígenas tienen ciertas leyes generales, ó mejor costumbres tradicionales, cuya violacion expone á la muerte. Entre ellos no es permitido el matrimonio hasta la edad de treinta años. Si un hombre más joven toma consigo una mujer y quiere hacerla considerar como su legítima esposa, todo padre de familia puede darle muerte sin forma de proceso. Verdad es que esos indígenas no tienen registro de nacimientos ni computacion de años: no obstante, por la sola inspeccion



CHINA.—Catedral de Shang-hai. (Pag. 404).

física del delincuente juzgan con la mayor exactitud si ha violado la gran costumbre relativa al matrimonio.

Respecto al derecho de propiedad, parece deberia ser nulo en una nacion esencialmente nómada; sin embargo, los australianos reconocen que el nacimiento de un salvaje en tal ó cual parte del bosque le da derecho de cazar en él el kanguru y el casobar (1), recoger la goma del *eucalyptus* y buscar las raíces del suelo. Ese es como el dominio de su familia, cuyo uso puede permitir á otras familias amigas á título de reciprocidad; pero si un extranjero quisiese establecer en él su morada, le diria, co-

(1) Ave grande como el avestruz.

mo lo ha oido repetidas veces el Ilmo. Salvado: «Este es mi país; sal de aquí inmediatamente.» Y si el intruso rehusase obedecer, le daria muerte.

A pesar de la magnificencia de las noches austrálicas, que debian favorecer el estudio de las constelaciones celestes, tan brillantes en el hemisferio austral, los salvajes de aquella comarca tienen menos nociones astronómicas que los antiguos pueblos de las dos Américas. Sin embargo, cuando las Pléyades se muestran en el horizonte, al rayar el día, dicen que va á comenzar la estacion de la *cielba* ó de la nueva yerba, esto es, el otoño. Por la aparicion de otras constelaciones distinguen la

proximidad del *mocor* ó del invierno, del *ponar* ó del estío, y del *piroc*, que es su primavera. Cuentan los meses por las lunas nuevas; pero sin dividirlos en semanas de días, los cuales no se distinguen entre ellos sino por el creciente ó menguante de la luna.

¿Hablarémos de su aritmética? Es de las más rudimentales, pues no pasa del número tres. Uno es *cheng*, dos *guggial*, tres *mau*. Por un gran esfuerzo de ingenio han llegado á multiplicar *guggial* por *guggial*, que hacen cuatro, y *mau* por *mau*, que hacen nueve, y aún el Ilmo. Salvado sospecha que tal descubrimiento es debido á sus relaciones con los europeos. No tienen pesos ni medidas. Las distancias las miden por la indicación de las montañas, de los ríos ó de las plantas situadas entre dos localidades. Dicen, por ejemplo: Hay tres montañas, dos ríos y seis llanos para llegar de tal á cual bosque.

Los dialectos hablados en las diferentes costas de Australia y en el interior parece provienen todos de un idioma común, como suponen la mayor parte de los viajeros que han visitado sucesivamente las cinco colonias de ese nuevo mundo. Hé aquí de ellos un notable ejemplo. La mano y el ojo se llaman *mara* y *miel* en Nueva-Nursia como en Perth; *mar* y *mill* en la extremidad meridional de Swan's River; *mara* y *mena* en la colonia de Adelaida; *mura* y *miel* en Sydney; y por último *mara* y *mill* en Moreton-Bay, en la costa oriental. A la conclusión de este trabajo darémos un vocabulario doble de la lengua hablada al Norte y al Este de Nueva-Nursia, á fin de conservar algunos restos de este idioma, que desaparecerá inevitablemente, tanto á causa de la preponderancia de la lengua inglesa como por la progresiva despoblación de la raza indígena.

«Nada tiene de áspero la pronunciación de la lengua australiana, dice el Ilmo. Salvado; le son extraños los sonidos guturales, peculiares á los idiomas asiáticos, lo mismo que esa especie de silbidos agudos, tan frecuentes en los diferentes dialectos de la Oceanía. Posee, por el contrario, sonidos graves y sonoros como la lengua española, y su dulzura y flexibilidad recuerdan el italiano de Roma ó de Florencia. Menos rica en voces que los idiomas europeos, bátales á los australianos, cuyas ideas y necesidades de la vida son tan limitadas y que gustan de hablar bajo formas sentenciosas, y por consiguiente lacónicas. Entre ellos la poesía, como en todos los pueblos en su infancia, limitase á muy estrecho círculo; no obstante tienen cantos enérgicos y cantilenas llenas de dulzura (1). Aunque poco variados en la for-

(1) Perron d'Arc, en sus *Aventures en Australie*, cita este canto guerrero, muy popular todavía entre los salvajes:

«La lanza de guerra está aquí,
¡Oh Warbunga,
¡Oh Warbunga!
Tómala y hiere,
¡Oh Warbunga!
Hiere la cabeza,
Hiere la frente,
Hiere el pecho,
Hiere el corazón,
Corta las orejas,
Abre las entrañas,
Hiende las costillas,
Abate los brazos, etc.»

Hé aquí una estrofa favorita cantada por las mujeres que esperan el regreso de un hijo ó de un esposo:

«Vuelve, querido, ven pronto,
Vuelve, querido, ven pronto,
¿Qué puedes hacer lejos de mí? etc.»

ma, esos cantos, que repiten mucho tiempo sin fatigarse, excitan un entusiasmo ó ternura sorprendentes en naturalezas tan incultas. Ora es un acontecimiento venturoso, nacimiento ó casamiento, ora un accidente funesto sobrevenido en la caza ó la muerte de una persona tiernamente amada, lo que celebran en sus versos informes, pero siempre rimados. Algunos de esos cantos son relaciones más ó menos legendarias transmitidas de una á otra generación. Los hechos que recuerdan, por lo demás en pequeño número, acaban á menudo por borrarse de la memoria de los cantores, que conservan apenas el motivo musical. A veces es un salvaje que, al regreso de un largo viaje, cuenta á su familia y á sus amigos un canto aprendido al rededor del fuego en algún lejano bosque. Si aquel le place, repítelo con mucha expresión y sentimiento; si lo encuentra ridículo, lo hace risible mezclándole entonaciones chuscas y acciones burlescas que excitarían la hilaridad del hombre más serio (1).»

La música de los australianos, aunque muy primitiva, no carece de fuerza y de dulzura. Sus himnos de guerra les excitan y transportan de furor contra sus enemigos, y apenas terminados, se levantan lanzando formidables gritos, toman sus armas y lánzanse al combate. Asimismo los cantos de tristeza después de la muerte de un esposo, de un padre ó de un hijo, están impregnados de tanta melancolía, que no solamente las mujeres australianas vierten al oírlos torrentes de lágrimas, sino que hasta los salvajes, á pesar de su actitud estoica, se sienten profundamente impresionados. Los cantos alegres, que les invitan á la caza ó á la danza, tienen un ritmo arrebatador, y basta hacerles oír la primera nota para que se entreguen instantáneamente á esos dos ejercicios, que aman con igual pasión. «¡Cuántas veces, refiere el Ilmo. Salvado, viendo á mis salvajes tendidos sobre la yerba por el cansancio ó el hastío del trabajo, he empezado á cantar el aire de *Machielo*, *Machiele*, uno de sus más alegres estribillos! Al instante les veía levantarse con viveza y marcar la medida golpeando con el pie y las manos. Entonces, para excitarles, imitaba el paso gracioso de su danza, y en breve me rodeaban todos cantando y bailando sin fatiga. Tras breves minutos de este ejercicio, mis australianos continuaban el trabajo con nuevo ardor. El canto de *Machielo* les había transformado (2).»

Finalmente, muchos cantos fúnebres terminan con este estribillo:

«Hijo mío, hijo mío,
Hermano mío, hermano mío,
Querido de todos,
¿No te veré ya más?
¿Nunca te volveré á abrazar?»

(1) Como ejemplo de tales cantos jocosos podemos citar la siguiente estrofa de las mujeres australianas á un salvaje cuya flaqueza excitaba su hilaridad:

«¡Oh qué piernas, cuán delgadas piernas!
Piernas delanteras del kanguru.
¡Oh qué piernas, cuán delgadas piernas!
Al primer choque, al primer salto,
Van á romperse cual madera seca.
¿A dónde pueden ir semejantes piernas?
¿Quién querrá seguir semejantes piernas?
Oh Mundango, truécalas en astillas,
Truécalas en astillas para tu hogar.»

(2) El Ilmo. Salvado ha manifestado repetidas veces que había sacado partido de las disposiciones musicales de los australianos para formarles en el canto eclesiástico. Especialmente los niños, cuyo tim-

Los indígenas de las cercanías de Nueva-Nursia desconocen absolutamente el uso de los instrumentos musicales de cuerda y de viento, y ni siquiera tienen noción del tambor, que es sin embargo conocido de los pueblos más bárbaros del Africa central (1). Para acompañarse en sus cantos guerreros ó coreográficos golpean uno contra otro el *miro* y el *cale*, dos de sus armas que más adelante describirémos, y por medio de golpes acelerados ó lentos saben marcar exactamente la medida y dar carácter á su salvaje melodía.

Pero sus más alegres jolgorios están reservados para la danza. En otoño tiene lugar lo que podría llamarse el gran baile del año, y al que los salvajes de los bosques más distantes del lugar de la reunion asisten con placer, juntándose hasta tres ó cuatrocientos indígenas. Empieza la fiesta con una gran cacería de kangurus, y despues de una abundante comida hecha con el producto de la misma, píntanse el cuerpo de diferentes colores, poniendo en sus espesas cabelleras plumas de papagayo ó de casobar, atándose en las espaldas colas de perros monteses, y así adornados inauguran la danza con la gravedad de verdaderos actores trágicos. El maestro de baile, ó si se quiere el jefe de orquesta, escoge para la reunion un sitio sembrado de ligerísimo césped y perfectamente mondado. A ciertas distancias enciéndense grandes hogueras para que los espectadores, no obstante las sombras de la noche, no pierdan movimiento alguno de los danzantes.

Dispuesto así todo, el jefe del baile, que previamente ha indicado las evoluciones que deben ejecutarse, se adelanta lentamente seguido de todos los danzantes, que se colocan en la misma línea y reproducen los menores movimientos de los brazos, de las piernas y de todo el cuerpo. Esas contorsiones extrañas, ora acompasadas y lentas, ora vivas y aceleradas, van acompañadas de un canto muy rimado que repiten todos los salvajes, marcando la medida con golpes de mano y saltos de agilidad sorprendente. A la luz vacilante de las llamas, parece entonces que aquella tropa de cuarenta ó cincuenta salvajes casi en cueros sólo posee un cuerpo y un alma, tan perfecto es el conjunto que ofrecen todos sus movimientos. Los miembros negros y lucientes, los extraños dibujos que les cubren rostro, pecho, muslos y piernas, la agitacion continua de las brillantes plumas que les adorna la cabeza, y las hojas que agitan en cada mano, la salvaje armonía de sus cantos, entrecortados por gritos agudos y notas bajas y profundas, dan á tales reuniones nocturnas un aspecto casi infernal.

Terminado el baile cada familia se retira á su hogar, alabando a destreza y gracia de los danzantes, ó criticando tal ó cual defecto de sus movimientos ó de sus cantos, como sucede en los salones y teatros de Europa. Hasta muy entrada la noche no se deciden á entregarse al descanso.

bre de voz es muy agradable, aprenden con suma facilidad el canto llano: al presente prestan su concurso en los oficios monásticos de Nueva-Nursia, en los cuales se les ve llenar con destreza y recogimiento las funciones de acólito y turiferario.

(1) En la Australia del Sur los salvajes poseen un tambor enteramente primitivo, que consiste en una concha de tortuga recubierta con piel de kanguru. Hacen la medida á intervalos iguales, con un bastoncito redondo de madera muy dura, que sólo tiene de 30 á 35 centímetros de longitud. Sostienenlo entre el pulgar y el índice, y hacen caer alternativamente ambas extremidades sobre la piel extendida ó sobre el borde de la concha.

En el día los australianos tienen bailes que podríamos llamar de carácter y que son más agradables á la vista. Es la perfecta imitación de la caza del kanguru y del casobar ó de la guerra entre familias de comarcas diferentes. Todas las peripecias de ese drama de caza y de esas luchas sangrientas son reproducidas con tal exactitud y naturalidad, que sorprenden á los espectadores, mientras que otros salvajes cantan, acompañándose del *cale* y del *miro*, las hazañas de los grandes cazadores y guerreros de esa parte de Australia.

Nunca toman parte las mujeres en tales bailes, durante los cuales se les confia el cuidado de las hogueras y de preparar algunas bebidas para los danzantes fatigados. Asegúrase, no obstante, que en los bosques situados al Este de Nueva-Nursia los salvajes hacen colocar algunas jóvenes, agrupadas de un modo pintoresco, en el centro de un llano raso, y que en torno de ellas los danzantes ejercen sus talentos coreográficos, pero sin que les hagan imitar sus zancajadas.

Semejantes regocijos no terminan siempre con la tranquilidad que podria creerse. En la exaltacion producida por el baile, que llega con frecuencia á transportes frenéticos, no dejan de surgir lamentables querellas, tanto más cuanto que, durando tales fiestas una semana y á veces más, las rivalidades y los celos tienen tiempo de germinar en aquellos corazones salvajes, produciendo efectos desastrosos. Por esto el Ilmo. Salvado, al permitir á sus australianos esa recreacion inocente en sí misma, nunca deja que traspase el límite de veinte y cuatro horas, esto es, de uno á otro sol.

CRÓNICA.

Roma.—Enterado el Papa de que los socorros á los hambrientos de China eran muy escasos en comparacion de las grandes necesidades á que es necesario atender, á causa de la continuacion del azote y del excesivo número de víctimas que hacia, ha enviado al P. María de Brest la cantidad de 3,000 pesetas destinada á la Mision del Chen-si, muy afligida por el hambre.

Constantinopla.—Desde el Cairo, en donde le habíamos dejado, el venerable prelado Massaja se embarcó para Esmirna, y desde allí fué á Constantinopla. El prefecto de los Padres Capuchinos de esta ciudad fué á buscarle á bordo y le acompañó al convento de San Luis. El Ilmo. Vannutelli, delegado de la Santa Sede, fué á visitarle, así como el Ilmo. Azarian, arzobispo de Nicosia y otros muchos prelados. Despues de algunos dias de descanso, el Ilmo. Massaja fué á San Stéfano, donde tuvo la dicha de encontrar al Ilmo. Raynaud, su compatriota y hermano de religion, á quien no habia visto hacia cuarenta años. La entrevista de estos dos ilustres hijos de san Francisco fué conmovedora. Cediendo á las instancias del Vicario apostólico de Sofia, fué á Filipópolis. Al pasar por Andrinópolis los viajeros se detuvieron en el convento de Menores Conventuales y visitaron el hermoso establecimiento de Resurreccionistas, en el cual reciben instruccion 12 seminaristas y gran número de niños.

La entrada del venerable Prelado en Filipópolis fué una verdadera ovacion. El Ilmo. Mennine, coadjutor, los cónsules de Austria, Francia y otras potencias, el prefecto y el alcalde de la ciudad y los comerciantes más notables le esperaban en la estacion. Varios arcos de triunfo se habian levantado en las calles donde debia pasar el apóstol de Africa, y una multitud respetuosa y simpática se agrupaba para saludarle.

Mesopotamia.—El P. Giannantonio, prefecto apostólico de la Mision de los Capuchinos en Mesopotamia, escribia desde Kharput el 1.º de Mayo último:

«Hace sólo algunos dias que me hallo en esta Mision tan bella y

que tanto promete. Mi llegada ha puesto fin á las numerosas reclamaciones de los misioneros. Casi del todo abandonados y desprovistos de todo socorro durante tres años, no han podido responder á los justos deseos de las familias católicas, y menos aún favorecer á las que querían convertirse á la fe. Evidentemente tal estado de cosas es sobrado precario... Dar siempre palabras de esperanza, prometer y no realizar nada por falta de personal y de recursos, es una ilusión demasiado evidente para estas poblaciones y una vergüenza para nuestros católicos. De modo que, mientras los protestantes de América multiplican sus esfuerzos, nosotros hemos tenido que permanecer inactivos y ver escapárenos un campo de batalla del que fácilmente nos hubiéramos podido enseñorear.

¡Ah! el protestantismo ha hecho ya en estas comarcas progresos más serios que en cualquier otro país del mundo. Los ministros suscitan mil dificultades para entorpecer la propagación del Catolicismo, y por otra parte, faltos de socorros, no podemos asegurar y conservar el bien ya obrado. Si muchas familias se pasan á los protestantes, débese á que éstos fundan escuelas por doquier y las proveen de excelentes maestros, y sobre todo á que acaban de abrir un vasto colegio en donde reúnen á los jóvenes. Si pudiésemos tener también escuelas, pronto quedarían desiertas las de los protestantes.

«Las autoridades de la ciudad y de los pueblos han venido á verme, suplicándome atiende sus ruegos. Se lo he prometido, y comienzo á cumplir mi palabra. Después de haber visitado la mayor parte de los pueblos, he abierto tres nuevas escuelas; y como el representante de la autoridad y los notables del país tienen casi todos su residencia en Mazera, arrabal de Kharpouth situado en la montaña, me propongo instalar allí clases separadas para niños y niñas. Los preparativos van por buen camino, y confío que estos dos establecimientos producirán mucho bien en nuestra Misión. Sin duda necesitarán sacrificios, pero ¿podemos dejar de aceptarlos? ¿No sería un crimen abandonar tan bellas esperanzas?

«Ayudadme, os suplico; haced conocer esta Misión, la más importante de Mesopotamia. Confío que la generosidad de los católicos nos permitirán realizar nuestros proyectos.»

Ceylan.—El Ilmo. Pagnani, vicario apostólico de Colombo, ha elegido por vicario general suyo al P. Fernando, primer indígena elevado al honor del sacerdocio y que hace veintiseis años trabaja en la conversión de sus compatriotas. Ocho años de estudios en el Colegio de la Propaganda en Roma y otros tres años en Irlanda le prepararon para el santo ministerio.

Hong-Kong.—El sínodo de obispos misioneros de la quinta región de China, abierto en Hong-Kong el 4 de Abril, terminó sus sesiones el 11 del mismo mes. En ausencia del decano, Ilmo. Calderon, vicario apostólico del Fo-kien, á quien impidió asistir su avanzada edad, la asamblea fué presidida por el Ilmo. Raimondi, vicario apostólico de

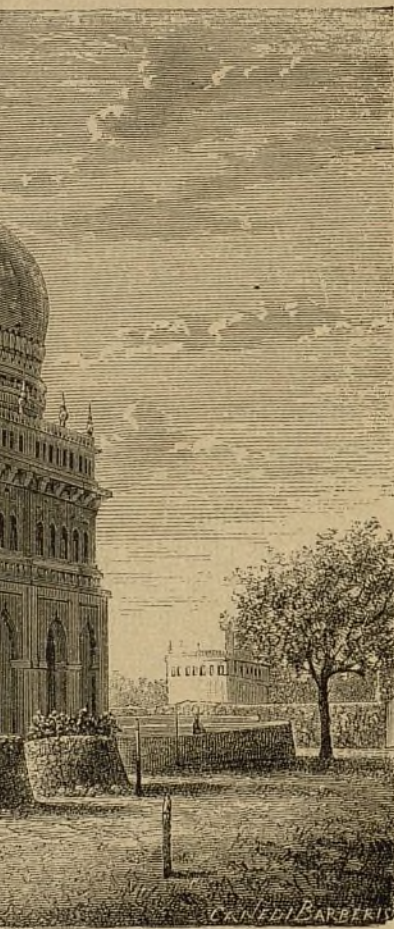
Hong-Kong. En ella tomaron también parte el Ilmo. Foucard, prefecto apostólico del Kuang-si; el Ilmo. Gentili, coadjutor del Ilmo. Calderon; el Rdo. Beal, administrador del Kuang-tong en representación del Ilmo. Guillemin, y el Rdo. Borghignoli, secretario. A la primera sesión asistió el Sr. Pope Hennessy, gobernador inglés de la isla.

Shang-hai (China).—La catedral de Shang-hai, figurada en nuestro grabado de la pág. 401 fué construida en el arrabal de Tong-ka-tu, al Sur de la ciudad, según diseño de un español, el H. Ferrer, y bajo la dirección del P. Helot, de la Compañía de Jesús, misionero del Kiang-nan, terminándose en 1852.

Cochinchina occidental (Anam).—El día 11 de Abril fué abierta al culto la nueva catedral de Saigon. La víspera el Ilmo. Colombert, vicario apostólico, había procedido á la bendición del grandioso templo; y después seis magníficas campanas echadas á vuelo anunciaban la salida del santísimo Sacramento, conducido procesionalmente desde la antigua y modesta iglesia al nuevo y magnífico santuario.

Un inmenso gentío acudió el domingo á visitarlo, y europeos é indígenas admiraban la belleza del edificio, sus hermosos ventanales y suntuoso altar de rico mármol. La misa pontifical comenzó por el canto del *Veni Creator*. Predicó el Ilmo. Colombert, quien tuvo en su sermón rasgos felices. «En todo el continente asiático, decía, desde las plazas del Mediterráneo hasta las extremidades de la China y del Japon, en ninguna parte el viajero encontrará un solo templo del protestantismo comparable á esta iglesia católica. ¿Pretendería alguno criticar su grandiosidad ó magnificencia? La Religión contestaría: «Lo que se «hace por Dios, bien «hecho está siempre. «Solamente los cora- «zones ingratos ó «los espíritus incrédulos podrían sentirlo.» La razón y la experiencia con- testarían también: «Este monumento es para las necesidades del presente y del porvenir; tendrá la duración secular de nuestras antiguas catedrales, y los constantes progresos de esta joven colonia han suministrado ya la prueba de que vendrán á llenarlo las futuras generaciones.» El patriotismo contestaría á su vez: «Este monumento «hace honor á la Francia, y la distingue, en este extremo Oriente, entre todas las naciones occidentales.» Nosotros añadimos: «Este monumento es una obra de cristiana democracia. A todos pertenece; «la luz que lo inunda, el incienso que lo embalsama, la melodía que lo llena, son de todos. Más que las otras la iglesia catedral es la «casa común, á la que todos tienen derecho á venir para orar; su «gloria y su esplendor, que satisfacen al rico y consuelan al menesteroso, á nadie pueden ser indiferentes.»

«La construcción de este templo cristiano en el mismo centro de la antigua ciudadela anamita, responde evidentemente á un designio providencial. No distan mucho los tiempos en que la cuchilla de la persecución estaba suspendida sobre la Iglesia anamita. Aquí mismo fué detenido en 1833 un noble hijo del Franco-Condado, José Mar-



INDOSTAN.—Sepulcro del cementerio de Golconda. (Pág. 406).

chand, para ir á sufrir en la capital el suplicio de las cien llagas á la vista de un feroz tirano. No léjos de aquí, en el llano, duermen aguardando la gloriosa resurrección muchos centenares de cristianos inhumanamente sacrificados en la misma época. Algunos años despues, á la entrada de esta calle de Cho-quan, un venerable siervo de Dios, Lai Gam, recibía la palma del martirio en recompensa de su abnegación por los obreros evangélicos. Aquí tambien y en la misma época el venerable obispo de Isaurópolis (Ilmo. Lefebvre) pasó muchos meses cautivo, y su compañero de prision (Rdo. Duclos) halló termino á sus dolores. En 1859, la misma vispera de la toma de Saigon, un jóven clérigo indígena (Pablo Lac) derramaba su sangre en el glacis de la antigua ciudadela, de la cual se conservan todavía algunos restos. Sí, esta ciudad, estos lugares, esta tierra, han sido santificados por el sufrimiento. Largo tiempo ha sembrado aquí la Iglesia con lágrimas, oprobios y la muerte. Dios, no lo dudeis, ha querido alentarla glorificándola en el mismo teatro testigo de sus dolores...

El vasto recinto de la catedral estaba literalmente atestado de chinos y anamitas. La vista de tan numeroso gentío, reunido para festejar la apertura de un grandioso templo dedicado al verdadero Dios, los coros de niños pertenecientes á las escuelas de la Misión agrupados en las galerías laterales, el grave y solemne son de las campanas, todo infundía emoción en los corazones más indiferentes. La mayor parte de los jefes de servicio de la colonia tuvieron á mucha honra asistir á tan imponente ceremonia, viéndoseles con respetuoso y digno continente en las primeras filas de la asamblea.

La primera piedra de la nueva catedral de Saigon fué colocada en 7 de Octubre de 1877. Su construcción es de estilo romano. Dos flechas deben coronar pronto las torres. La longitud total del templo es de 91 metros; la altura es de 21. Las torres tienen 36 metros 60 centímetros de elevación, y la de las flechas proyectadas será de 21 metros. Forma tres naves y un deambulatorio al rededor del coro. En cada lado hay 6 capillas. Otras 5, con 2 sacristías, rodean el coro. Los ventanales y rosetones, grandes y pequeños, con vidrios de colores, son 115.

Pondichery (Indostan).—Una parte considerable de este vicariato está amenazada por el hambre: las lluvias de invierno, que caen sobre todo en Octubre, Noviembre y Diciembre, han sido insuficientes por do quiera y nulas en gran número de localidades, á consecuencia de lo cual las cosechas han sido malas ó se han perdido completamente, originándose de aquí una gran miseria.

«Estamos en el primer mes del año, escribía un misionero, y los estanques ya están secos, siendo preciso sacar el agua de los pozos para abreviar los ganados. ¿Qué será dentro uno ó dos meses, si Dios no nos envía la apetecida lluvia? Añádase que en muchas localidades ha acometido á las bestias una enfermedad que hace sucumbir muchas. Perdida toda esperanza de cosechar arroz, contábamos al menos con el *varagau*, especie de mijo que requiere poca humedad y que

había sido sembrado por todas partes; pero como la lluvia ha faltado completamente, todo se ha perdido.

«—Este año, decíame un cristiano, morirémos todos. Durante el último hambre pudimos comprar grano con el producto de nuestras sortijas y de nuestros animales; pero al presente nada tenemos, pues lo poco que nos quedaba los agentes del Gobierno inglés nos lo han quitado para cobrar los impuestos atrasados. ¿Cómo podrémos vivir?»

Los distritos del vicariato afligidos por la sequía son catorce, con una población cristiana de 50,000 almas. «¿Cómo lo haré, escribe el Ilmo. Laouénan, para subvenir á tantas necesidades? El hambre anterior, aumentando el número de mis hijos espirituales, aumentó tambien considerablemente mis cargas. El Gobierno inglés había provisto hasta ahora al sostenimiento de 450 huérfanos de ambos sexos que nos había confiado, pero acaba de retirarnos este socorro, y por añadidura ha sido preciso duplicar el número de catequistas para que atiendan á los nuevos cristianos y construir nuevas iglesias y capillas, no sabiendo ya de qué recursos podré echar mano. No obstante, confiando en la Providencia que tantas pruebas nos da todos los días de su paternal bondad,

distribuyó á los misioneros de los distritos que más sufren todo aquello de que puedo disponer. Mas ¿cuándo durará esto? Tres ó cuatro meses á lo más. ¿Y despues?... Despues, *sauvami sittam* (¡la voluntad de Dios!), como dicen nuestros indios. Dios sabe mejor que nosotros lo más ventajoso á la salvación de estos pueblos, y Él nos ayudará, así lo espero, como lo hizo en la última calamidad.»

Japon meridional.

—El Ilmo. Petitjean, vicario apostólico, escribe lo siguiente sobre la conversión y piadosa muerte de un magistrado japonés:

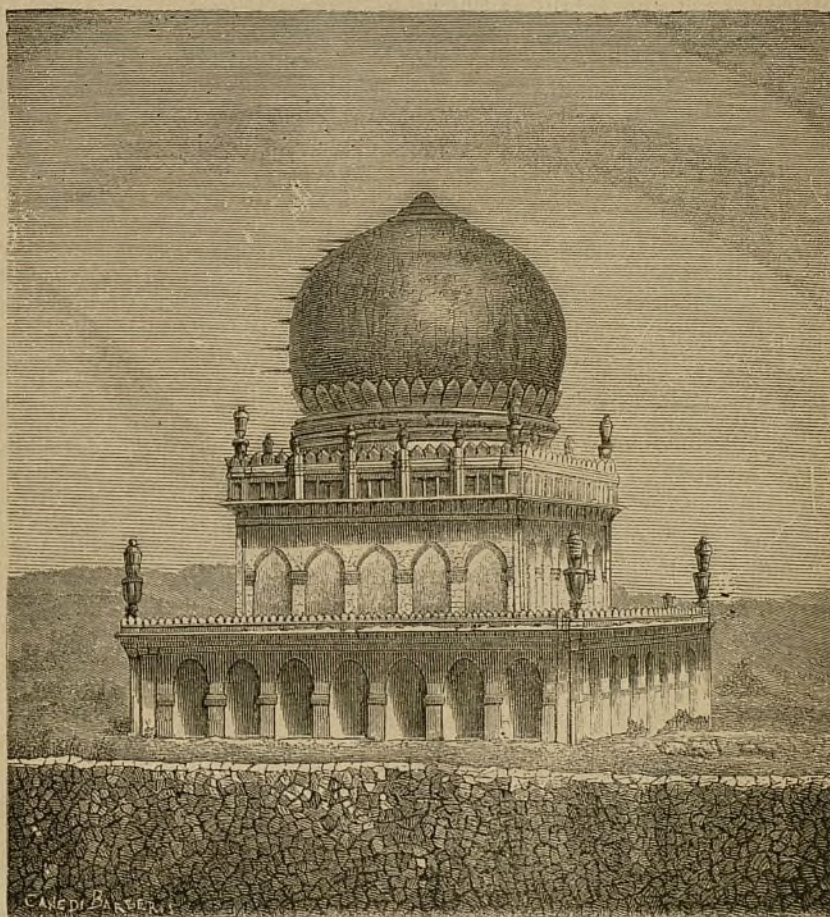
«Pablo Kamada era uno de los primeros jueces de Nagasaki, y hace algunos años había tomado parte en la persecución contra nuestros cristianos. Era natural de Ka-

gochima, en la antigua provincia de Satsuma, y tenía más de cuarenta años cuando la gracia tocó su corazón y le abrió las puertas del cielo.

«Hacia muchos años que Pablo Kamada estaba acometido de una enfermedad del pecho que no dejaba esperanza alguna de salvarle. Su mujer, todavía catecúmena, y una neófita de la vecindad no cesaban de exhortarle á que se hiciese cristiano y salvase su alma. Pero nuestra santa Religión, cuyo perseguidor había sido, le inspiraba la más viva repugnancia. A su mujer juntáronse sus suegros y uno de nuestros catequistas.

«Al fin, cansado de luchar, consintió en instruirse, pero al principio se contentaba con discutir los dogmas de la fe y le costaba mucho admitirlos. Le habíamos dado por maestro uno de nuestros seminaristas. Quince días antes de su muerte parecía todo cambiado; pidió el Bautismo, recibiólo con excelentes disposiciones, y en memoria del gran Apóstol de los Gentiles y del primer discípulo japonés de san Francisco Javier deseó llamarse Pablo.

«A partir de aquel día quedó mudado en otro hombre. Hizo con



INDOSTAN.—Sepulcro del cementerio de Golconda. (Pág. 406).

alegría el sacrificio de su vida y ofreció á Dios todos sus sufrimientos en expiación de sus pecados. Era para todos un verdadero modelo de edificación y de resignación cristiana. Su médico, japonés pagano, que ignoraba su conversión, estaba admirado. Visitábale á menudo y no se cansaba de admirar la paciencia con que soportaba su enfermedad y el valor con que aceptaba la muerte. Preguntóle un día la causa, y Pablo le respondió:

«—No podríais comprenderlo. Sólo os diré que sufro mucho, pero que estoy muy contento de sufrir y también de morir.

«Pude visitar y bendecir á nuestro querido enfermo la noche del 2 al 3 de Mayo, pocas horas antes de hacer su primera Comunión y de recibir la Extremaunción.

«Permitidme transcribiros algunas líneas del Rdo. Corre, fechadas en Nagasaki el 7 de Mayo y que he recibido en Osaka, donde me encuentro actualmente.

«Nuestro querido Pablo Kamada murió ayer tarde, fiesta de la Ascensión. Su comportamiento fué admirable hasta el fin. Habíale «dicho por la mañana que era el aniversario de la entrada de Nuestro Señor en los cielos, y contestó que también él iba á morir y que estaría en el cielo antes de la noche. Durante el día dijo que veía «mensajeros celestes que venían á buscarle y llevaban flores en las «manos.

«Fui á verle, llegué á tiempo para darle una última absolución antes de rendir el último suspiro.

«Su entierro se verificará mañana con toda la solemnidad posible «en nuestra iglesia de Nagasaki.

«¡Dichoso Pablo! Desde lo alto del cielo ruega ahora por nosotros!»

Á TRAVÉS DE LA INDIA.

LOS MAUSOLEOS DE GOLCONDA.

De la ciudad de Golconda, antigua metrópoli del Nizam, sólo queda hoy el recinto almenado y la ciudadela donde son encerrados los presos políticos.

No lejos de esta ciudad derruida se halla el cementerio de los príncipes de la dinastía Kutub-Shah.

Los musulmanes, cuando han levantado un monumento funerario, no se cuidan más de él y dejan que caiga en ruinas. Los sepulcros de Golconda hubieran tenido el mismo destino si el valor artístico de su arquitectura no hubiera movido hace pocos años al ministro del Nizam á ordenar su reparación. En las págs. 404 y 405 damos una vista de dichos monumentos según fotografías enviadas desde Hyderabad por los misioneros de la Sociedad de las Misiones extranjeras de Milan.

El primero, vasto edificio cuadrado que remata en una cúpula, está construido todo de ladrillo, exceptuando las columnas, que son de granito. En medio de la rotonda elévase la tumba de mármol negro, en la cual hay grabadas diversas inscripciones en lengua persa. Compónese de un basamento oblongo y de un sarcófago de parecida forma.

El segundo monumento casi no difiere del primero más que en las proporciones y es el mayor de todos aquellos mausoleos.

Un viajero, Alfredo Grandidier (1), describe del siguiente modo el cementerio del Nizam:

«Cerca de Golconda puede visitarse el antiguo cementerio, que encierra numerosos sepulcros y mezquitas, últimos restos de un antiguo esplendor. Los más bellos é importantes de esos sepulcros estaban rodeados antiguamente de una pared de piedra, y casi no se diferencian sino por sus dimensiones y su ornato.

«Son edificios cuadrados que se elevan sobre bases de

(1) *Viaje á las provincias meridionales de la India.*

granito. Seis gradas conducen al sepulcro, cada uno de cuyos lados está adornado con siete arcadas originales de una anchura de cuatro metros, y en el centro de las ojivas hay un roseton esculpido. Sostenidas por pilares macizos, las dos últimas arcadas están tapiadas, y esta parte del monumento es de granito. Sobre la primera base se eleva otro edificio igualmente cuadrado, mitad piedra y mitad ladrillo, revocado con cal. Forman los ángulos pilares de ladrillos octógonos que sostienen pequeños minaretes terminados por cinco bolas, una en el centro y otra más pequeña en cada extremo, unidas entre sí por un cordón de hojas de trébol.

«Este segundo edificio remata en una cúpula esferoidal, semejante á las que coronan la mayor parte de los monumentos de estilo árabe. En medio de una vasta mesa sin adorno alguno está situado el mausoleo de mármol negro que contiene en relieve varios versículos del Corán. A pesar de su extrema sencillez, ese mausoleo negro debajo de una inmensa bóveda blanca produce un efecto pasmoso. La mayor parte de los pilares son octógonos, y diversas partes del monumento, tales como la base de la cúpula, están revestidas de ladrillos esmaltados de vivos colores. Había también algunos sepulcros cuyas cúpulas estaban enteramente cubiertas de relucientes esmaltes que reflejaban á lo lejos los ardientes rayos del sol de los trópicos. A veces por el friso del segundo departamento corría un cordón de esos esmaltes, donde sobre un fondo azul resaltaban en caracteres blancos algunos versículos del Corán.

«Algunos visitantes ingleses han destruido brutalmente la mayor parte de esos esmaltes, cuyos vivos colores eran tan bien apropiados al clima de Oriente y cuyo secreto de fabricación se ha perdido. Esos monumentos están por otra parte en bastante buen estado de conservación: su altura mayor es de unos 40 metros, y los muros de circunvalación son almenados.

«Cerca de cada una de esas tumbas hay pequeñas mezquitas, cuyo frontispicio vuelto al Este lo sostienen dos ó tres columnas, y en las extremidades de la fachada se elevan pequeños minaretes unidos por un cordón de hojas de trébol.»

TIERRA SANTA.

XII.

LA PUERTA DE SAN ESTÉBAN EN JERUSALEN.

El nombre de San Estéban, dado á esta puerta por los actuales peregrinos, no es el que debe atribuirsele. Como demostraremos luego, la antigua tradición está unánime, hasta el siglo XIV, en poner al Norte de Jerusalem y no al Oriente el lugar en donde murió apedreado el proto-mártir de la fe cristiana. Fuera de que, aun hoy, los cristianos y los musulmanes de Jerusalem llaman á esta puerta *Báb-setti-Mariam* (de Nuestra Señora María), y efectivamente conduce al sepulcro de la santísima Virgen, situado en frente, en el fondo del valle del torrente Cedron.

I.

La puerta llamada de San Estéban no ofrece en su arquitectura particularidad especial; es más sencilla que las demás de la ciudad, y sobre todo menos monumental que la de Damasco (*Báb-es-scham*), la única que fué llamada puerta de San Estéban durante diez siglos.

El arco superior es de forma ojival; el inferior es rebajado. Los primeros sillares parece correspondieron á una puerta más antigua: el resto, hasta las almenas, construido con piedras de menos aparato, data del siglo XVI, en que Soliman hizo reconstruir las murallas de

Jerusalén. En el muro hay enclavados trozos de columnas. Encima del arco superior avanza una pequeña garita flanqueada de dos ventanas tapiadas. Nótese como cosa rara la representación de cuatro animales en relieve, tal vez leones, colocados de dos en dos y de cara, á cada lado del arco superior. Sabido es que Mahoma prohibió y maldijo como idolátrico toda representación de la figura humana y de los animales, por lo cual el ornato de las más bellas mezquitas se toma siempre del reino vegetal ó de pura fantasía. La presencia de esos cuatro animales no se explica, pues, en una puerta restaurada por el más grande de los sultanes turcos en una época en que el fanatismo religioso era todavía muy vivo entre los secuaces de Mahoma.

Desde la puerta de San Estéban hasta la puerta Dorada, á lo largo del muro oriental, extiéndese un cementerio musulmán. En el grabado hay visibles dos tumbas que dan idea de todas las que usan los turcos: un pequeño cuadro formado con tres juegos sobrepuestos de piedras talladas, y encima una ó dos columnas de un metro de altura, coronadas á veces de un turbante á guisa de capitel. Este cementerio recibió en tiempo de las Cruzadas los cuerpos de los guerreros cristianos que sucumbieron en la toma de Jerusalén el 13 de Julio de 1099.

Si la arquitectura de la puerta de San Estéban es relativamente moderna, su posición es ciertamente muy antigua. Pruébalo el ser la única puerta de la ciudad por la parte de Oriente y el entrar por ella en la sola calle que atraviesa Jerusalén en su mayor anchura de Occidente á Oriente (1). En fin, está muy cerca de la puerta septentrional del templo de Salomón y de la piscina probática. Si, como pretenden los comentadores, esta piscina se llamaba con este nombre porque sus aguas servían para lavar los corderos destinados á los sacrificios y que eran conducidos del campo por la puerta oriental, estamos autorizados para decir que ha sustituido á la puerta del Rebaño (*porta Gregis*), de que se habla en el libro II de Esdras (III, 1). Creemos también que la ceremonia de la emisión del macho cabrío al desierto se verificaba por esta puerta el día de la fiesta de la expiación, instituida por Dios para purificar á su pueblo de todos los pecados cometidos durante el año. (*Levit. XVI et XXIII*).

A fines del siglo VII (697) Arculfo habla de la puerta oriental como de una simple poterna por la cual se descendía al valle de Josafat ó del Cedron, con cuyo motivo era llamada puerta de Josafat. Parece que continuó tal durante muchos siglos y que no fué ensanchada hasta Solimán, cuando en 1537 reconstruyó las murallas de Jerusalén tales como se ven hoy. El P. Bonifacio de Ragusa, custodio del monte Sion de 1552 á 1560, lo afirma positivamente (2).

II.

Vamos ahora á restablecer la antigua y verdadera tradición sobre el sitio donde fué apedreado san Estéban.

Marino Sanuto, noble veneciano, tan conocido por su celo en favor de la reconquista de los Santos Lugares y por sus numerosos viajes á Jerusalén (1306-1320), es el primero que colocó al Este de la Ciudad santa el lugar del martirio de san Estéban. Después de él todos los peregrinos que han escrito su viaje han repetido la misma aserción, y hoy mismo continúa mostrándose una roca al pié del cerro que se eleva á la derecha del camino, en el sitio en que gira bruscamente hacia la izquierda en dirección del torrente Cedron. Un agujero cerrado con una gruesa piedra indica la boca de una cisterna.

Pues bien, antes de Marino Sanuto, durante ocho siglos á lo menos, la tradición escrita pone al Norte de Jerusalén el suplicio del primer mártir, y una iglesia determina su lugar.

Aunque la tradición oral hubiese podido olvidar este sitio, el milagroso hallazgo del cuerpo de san Estéban en 415 lo hubiera vuelto otra vez á la memoria de los cristianos del país. Marcelino en su *Crónica*, Nicéforo, Gennadio, Crisipo, sacerdote de Jerusalén, Basilio, obispo de Seleucia, san Agustín, todos los historiadores eclesiásticos y los más ilustres Padres del siglo V nos han transmitido la relación de tres apariciones sucesivas hechas por Gamaliel, maestro de san Pablo, á Luciano, presbítero de Caphar-Yamola (campiña de Gamaliel) los días 3, 10 y 17 de Diciembre de 415. Gamaliel ordenó á Luciano excavar el suelo en un lugar llamado en siríaco Dabatalia, en el cual encontraría tres féretros, conteniendo uno de ellos su cuerpo y el de su hijo Abibas, otro el de Nicodemus, y otro el de Estéban «á quien apedrearón por la fe de Cristo los judíos y los príncipes de los

(1) Los cristianos dan á esta calle el nombre de Tarik-el-Alam (Vía dolorosa), porque Nuestro Señor la recorrió al ser conducido del palacio de Caifás al pretorio de Pilato y al Calvario.

(2) *Porta Sancti Stephani major quam prius fuerat facta est et ad mensuram portæ Aureæ.*

sacerdotes fuera de la puerta que está hacia el aquilon.» Juan, obispo de Jerusalén, que asistió al concilio de Diospolis (Lydda) con catorce prelados, advertido de tan precioso descubrimiento, dejó al punto el concilio con los obispos de Sebaste y de Jericó, ambos llamados Eleuterio. Al abrir el ataúd de san Estéban tembló la tierra, y setenta y tres enfermos, cuya relación específica sus enfermedades, fueron curados instantáneamente. Era el 26 de Diciembre; besaron aquellas santas reliquias, y volviendo á encerrarlas, lleváronlas cantando himnos y salmos á la iglesia del monte Sion. Dios quiso manifestar de nuevo la gloria de su Siervo con un notable prodigio. Una prolongada sequía desolaba el país, y la imposibilidad de la siembra quitaba toda esperanza de cosecha para el año siguiente. Una lluvia copiosa vino á refrescar la tierra y á restituir la alegría á los habitantes.

Las reliquias de san Estéban fueron transportadas más tarde á Constantinopla, y después á Roma, en donde reposan con las del diácono san Lorenzo en el mismo sepulcro. El Rdo. Mislin asegura que el cráneo de san Estéban se guarda en Viena, en la iglesia metropolitana puesta bajo la advocación del santo Mártir; que esta reliquia había sido entregada á la iglesia de Nuestra Señora de Wetzlar por Hermann y Hudo, condes de Hapsburgo, y conducida á Viena en la época de la Reforma protestante por disposición del emperador Leopoldo.

La emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio II, habiendo ido por segunda vez á Jerusalén, en 448, informóse con el obispo y varios ancianos del lugar donde san Estéban había sido apedreado, y según dice Evagrio, historiador contemporáneo, hizo construir en él una iglesia de capacidad y belleza muy notables. Distaba un estadio (200 metros) de la ciudad, y se verificó su dedicación el 15 de Junio de 460. Eudoxia murió cuatro meses después, el 20 de Octubre, siendo sepultada en dicha iglesia. En 471 Licinia Eudoxia, su nieta, forzada á casarse con Hunerico, rey de los Vándalos del África, huyó á Jerusalén, en donde murió poco después, recibiendo también sepultura en la iglesia de San Estéban.

Dícese que esta iglesia podía contener más de diez mil personas. Poco antes de llegar los cruzados (1099) fué deruida por los sarracenos para que no se fortificasen en ella. Todos los historiadores de la primera Cruzada la mencionan, y fué reconstruida antes de la primera mitad del siglo XII. Consérvase de ella en Bruselas un plano de esta época bajo el título *Monasterium S. Stephani*, al lado de la puerta del Norte calificada *Porta S. Stephani septentrionalis*. Estaba servida por un convento de monjes que la historia no menciona, pero cuyo sello ha publicado Sebastian Pauli. Por delante la puerta de la iglesia pasaba el camino real que seguían todos los peregrinos de ultramar.

En 1187 los mismos cruzados la arrasaron, temerosos de que su proximidad á las murallas favoreciese los ataques de Saladino. Willebrando de Oldenburgo, canónigo de Hildesheim, que en 1211 visitó á Jerusalén, habla de los vestigios aún visibles de esta iglesia, á donde echaban las inmundicias.

Hacemos votos para que puedan encontrarse dichos vestigios y para que se construya allí un hermoso templo en honor del proto-mártir san Estéban.

NECROLOGIA

Mayssur (Indostan).—El Jueves Santo, 25 de Marzo del corriente año, murió en Mangalore el Ilmo. José Agustín Chevalier, de la Sociedad de Misiones extranjeras de París, obispo de Hierápolis y vicario apostólico de Mayssur. Nació el 19 de Marzo de 1814 en Arc-et-Senans (Doubs), diócesis de Besançon, que en lo que va de siglo ha dado á la Iglesia tantos generosos misioneros, ilustres prelados y gloriosos mártires. Terminados sus estudios y ordenados de sacerdote, entró en el Seminario de las Misiones extranjeras el 13 de Octubre de 1837 con el designio de consagrarse al apostolado en los pueblos infieles. En Setiembre del siguiente año el nuevo misionero se embarcó para Pondichery, destinándosele á la parte de aquella Misión que ha formado después el vicariato de Mayssur. Encargado sucesivamente de administrar vastos distritos, supo captarse desde luego el afecto de todos por su bondad y abnegación. Una de las principales dificultades que encuentra el misionero en esta parte de las Indias es la multiplicidad de idiomas que allí se hablan y que es necesario aprender. El Rdo. Chevalier triunfó de ella á poca costa, y dentro poco tiempo pudo trabajar con fruto entre los indígenas confiados á su dirección. Después empleó sus conocimientos en la traducción de los santos Evangelios en tamul, cuyo trabajo se imprimió en Pondichery. Cuando esta Misión se dividió en varios vicariatos, el

Rdo. Chevalier continuó en el de Mayssur. En 1852 el Ilmo. Charbonneau le llamó á su lado y le confió el servicio espiritual de las tropas inglesas acantonadas en Mangalore. El nuevo capellan fué para aquellos soldados lo que había sido para sus queridos indios: un padre en medio de sus hijos.

La Obra de las Escuelas es en la India de la mayor importancia. El misionero que la descuidase expondría la fe y la virtud de sus neófitos á los peligros y seducciones de las escuelas protestantes ó ateas. Pero su establecimiento exige dos cosas: hombres y dinero. Dejando lo segundo al cuidado de la divina Providencia, el Rdo. Chevalier decidióse á dotar á su Mision de buenos maestros, á cuyo efecto escogiólos entre los soldados confiados á su direccion, dióles una regla y fundó una congregacion de Hermanos bajo la advocacion de San José.

Estos trabajos y su larga experiencia le señalaban para sucesor del Ilmo. Charbonneau, muerto en 1873, y efectivamente la Santa Sede le nombró al fin del mismo año obispo de Hierápolis y vicario apostólico de Mayssur, recibiendo la consagracion episcopal en 1.º de Marzo de 1874.

Durante su episcopado el Sud de la India ha sido devastado por una cruel hambre. En Mayssur los misioneros con su venerable Obispo á la cabeza estuvieron á la altura de las circunstancias. Dios les recompensó, dándoles el consuelo de salvar la vida á gran multitud de infelices y de proporcionar los beneficios del Bautismo á más de 12,000 adultos. Cuando el hambre hubo cesado fué preciso proveer á la educacion y subsistencia de numerosos huérfanos. El Ilmo. Chevalier adoptó tantos cuantos le permitieron sus recursos; ensancho los huérfanatos ya existentes, fundó otros nuevos y no cesó de mostrarse hasta el fin como verdadero padre de tantos desgraciados.

En medio de sus trabajos y solicitudes vino la muerte á erir al santo Obispo. Dios quiso que su fin fuese como su vida un acto de sacrificio. No escuchando más que á su celo, el Prelado quiso visitar las cristiandades situadas en las inmediaciones de la ciudad de Mysore. Partiendo en Diciembre de 1879, pasó muchas semanas en las selvas malsanas del Winaad. Al regresar á su residencia ordinaria de Mangalore no tardó en sentirse atacado de la terrible fiebre de los bosques, y su estado fué pronto alarmante. Advertido de su situacion, el enfermo recibió los últimos Sacramentos el 22 de Marzo. En los dias siguientes sólo conservó su conocimiento por intervalos, y el Jueves Santo, como hemos dicho, á las once menos veinte minutos de la mañana, entregaba su alma á Dios, á los 67 años de edad y 42 de apostolado.

EFEMERIDES

20 SETIEMBRE 1542.—San Francisco Javier escribe tres cartas desde Goa (Malabar): las dos primeras á san Ignacio, y la otra á la Sociedad de Jesús en Roma.

En esta, Javier da cuenta de su salida de Lisboa el 7 de Abril de 1541, de la travesía, de sus ocupaciones en Mozambique, en Melinde, en Socomotora y en Goa, donde llegó el 6 de Mayo de 1542,

anunciando despues en estos términos su próxima partida para Comorin:

«Por orden del virey parto para Comorin, distante de Goa cerca de sesenta y seis leguas. Dicen que es una comarca que ofrece abundante cosecha, y llevo conmigo tres naturales del país que poseen bastante bien el portugués. Dos de ellos son diáconos, y el otro no ha recibido aún las órdenes menores. Tengo esperanza de que mis trabajos en estas comarcas sean provechosos á la religion.

«El virey se propone enviar á ese país á los PP. Pablo y Mansilla, tan pronto como lleguen.

«Ruego al Señor que, olvidando mis iniquidades, me conceda por vuestra intercesion bastantes recursos para hacer triunfar su santo nombre, y procurarle mucha gloria.

«Las fatigas de tan larga navegacion, las del tribunal de la penitencia, en el cual cargo con los pecados ajenos, mientras que ya gimo bajo el peso de mis propias iniquidades, esa perpétua residencia entre los idólatras, en un suelo abrasado por los ardores del sol, serán para mí fuente inagotable de consuelos y de delicias, si sé aprovecharme y sufrir con el deseo de agradar á Dios; porque estoy persuadido de que todos los que han amado la cruz del Señor, no han sido felices sino en una vida llena de trastornos, de contratiempos y de miserias, y sólo han visto la muerte en la ausencia de la cruz.

¿Qué muerte puede, en efecto, haber más terrible que una vida separada de Jesucristo, sobre todo cuando se ha probado la dicha de vivir en Él y por Él? ¡Ah! creedme, no hay cruz comparable á la de vivir entregado á sus pasiones, como no hay felicidad comparable á la de vivir muriendo cada dia en su propia voluntad para no hacer más que la de Jesucristo.

«...No me cabe duda de que Nuestro Señor Jesucristo, mirando con ojos de misericordia los méritos y los ruegos de la Iglesia, nuestra santa Madre, y los de aquellos de sus miembros de que formais parte, se sirva de mí, á pesar

de ser un mal servidor, para sembrar su Evangelio en el suelo de la idolatría. Digo más, no dudo que, á pesar de la abyeccion del instrumento de que se sirve para tan importante obra, mi empresa sea un día la vergüenza de esos hombres que, nacidos para grandes cosas, se consumen en la pequeñez, y un poderoso vehiculo para las almas más pusilánimes, sobre todo cuando me oigan, á mí que no soy más que ceniza y polvo, á mí el más abyecto de los hombres, atestiguar, como testigo ocular, la extremada penuria de obreros en esta viña del Señor. ¡Ah! ¡quiera Dios que yo pueda consagrarme como esclavo y para siempre al servicio de los que su celo envíe aquí á la conversion de los infieles!... (1).»

(1) Cartas de san Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japon, traducidas de la edicion latina de Bolonia de 1795, por A. M. F.*** t. I, p. 50-52.—Lyon: Perisse, 1828.



TIERRA SANTA.—Puerta de San Estéban en Jerusalem. (Pág. 406).